Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX | San José, Costa Rica **1930** Sábado 21 de Junio | Núm. 23

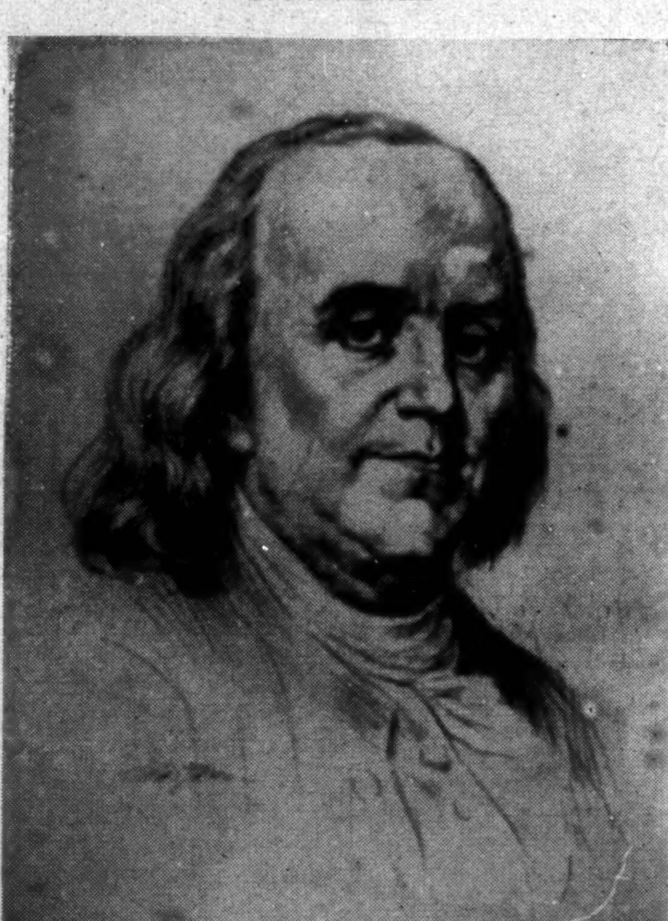
Año XI. No. 495

SUMARIO

La herencia de Franklin .... *Gabriel Alomar*
Testimonios .... *Sarmiento, José Martí y Pedro Pérez Zeledón*
Pescador .... *Fausto Burgos*
El Centenario de Bolivar en México .... *Rafael Heliodoro Valle*
Marginaciones bibliográficas........ *G. Castañeda Aragón*
No hay derecho........ *Germán Arciniegas*
Cosas que no debería decir .... *Armando Zegrí*
Recordando a don Mauro........ *Pedro Pérez Zeledón*
Párrafos sugestivos del *Informe* presentado al Sr. Ministro de Instrucción Pública .... *Pedro Pérez Zeledón*
Canto a los Padres de la Patria........ *Hernán Zamora Elizondo*
Fin de verano .... *Salomón de la Selva*
Bibliografía titular........
En los EE. UU. no quieren tampoco a los agentes del capital que moldea leyes, o las pudre para evitar su regencia........ *Juan del Camino*
De las empresas y consorcios creados por favor del Estado........ *Azorín*
Poemas .... *Jorge Carrera Andrade*
Tablero (1930)........

La herencia de Franklin

=De *Social*. Habana=



Franklin

Franklin, como producto de un medio y como instrumento de una acción, tiene una clara psicología. Su estirpe puritana, obligando a expatriarse huyendo de la corrupción estuarda, reaccionó sobre Europa cuando ésta fué capaz de recibir la nueva semilla. Franklin es el entronque entre las dos revoluciones: la inglesa y la francesa.

El puritanismo y sus derivados tuvieron mucho más valor ético que ideológico. Hay en ellos más de ascetismo que de misticismo. Son derivaciones lejanas de la escuela estoica; depuraciones de la voluntad, aunque dirigidas al cultivo de la acción, y no, como los estoicos, a un fortalecimiento interior unido al pesimismo quietista.

Franklin, cuya actividad empezó en Pennsylvania, era una alma nativamente fraterna de la de Guillermo Penn. Pero había en él también el ímpetu lejano de Milton. Educado en un medio de lucha, en una sociedad que iba saliendo rudamente de la mano de todos sus conciudadanos, Franklin sintió el valor de eficacia y de práctica con mucha más intensidad que el puro y desinteresadamente especulativo. No hablo ahora de su conocida personalidad científica, sino de su naturaleza filosófica. Leamos su cuadro de preceptos: la idea de bien es inseparable, para él, de la de utilidad. «Ocupaos siempre en algún objeto *útil*. No perdáis el tiempo. No hagáis nada que no sea necesario. No habléis sino de lo que pueda seros *útil* a vos o a los vuestros. Evitad los extremos». He aquí una Ética que no parece predestinada al heroísmo, a las exaltaciones arrojadas e irreflexivas, ni a aquellos abismos de contemplación que llamó el Mesías *la mejor parte*. No hay que olvidar, con todo, que el siglo de Franklin no dió a la palabra *útil* el sentido desoladamente material que le damos hoy. Franklin, a causa de su naturaleza fundamentalmente religiosa, es un alma distinta de sus consanguíneos Bentham, Locke y Hume, aunque todos pertenezcan a una misma modalidad espiritual, renovadora del mundo.

Refiriéndose a «la ciencia del buen Ricardo», dice ya Mignet: «La moral está en esa obra predicada en nombre del interés». Y más adelante, refiriéndose a la invención del pararrayos, escribe: «De igual modo que la observación conducía a Franklin ordinariamente a una teoría, ésta le llevaba siempre a obtener de ella una aplicación útil».

Otro de los elementos formativos del temperamento de Franklin podría llamarse *romanismo*. Franklin, crecido en una sociedad en *devenir*, formada por la existencia de un fondo numeroso de inmigrantes y una minoría de funcionarios metropolitanos, no siempre capaces y probos, encontrábase en la misma posición de espíritu de un plebeyo consciente de la Roma republicana. En el interior de aquellos ciudadanos despertábase con nueva vitalidad el alma de los tribunos; volvía a sonar en su boca el acento plebiscitario de los Gracos. Esta semilla clásica, asociada a la semilla cristiana del ascetismo protestante, caracterizó la fisonomía de aquellos fuudadores, que debieron imprimir su semejanza al mundo que crearon. Y así como el puritanismo, o lo que llama Taine Renacimiento cristiano, fué una fuerza diversa y enemiga de las modalidades vulgares del cristianismo, también el *tribunismo* romano fué cosa muy diversa de la sociedad neoclásica que vino a destruir.

Aquellos dos elementos, recibidos de Europa, unidos algo paradójicamente, como ya lo estuvieron en el alma de Milton, reactuaron luego sobre Europa con fecunda trascendencia. Y así como Locke, hijo del pensamiento de Bacon, había suscitado la Enciclopedia, y Swift, hijo de la influenza lejana de Rabelais, había adoctrinado a Voltaire, Franklin, hijo espiritual de los Gracos y de Milton, difundió en París la semilla de libertad que

Mi santo Patrono. Franklin, que se elevó a las más altas regiones del pensamiento sin más capacidad que la de leer, leer y más leer.

Sarmiento.

Allí (en sus obras completas) *se ve a Franklin como fué, sin que los defectos que tuvo, que no fueron pocos, basten a deslucir la majestad de su intelecto g la ternura y pureza con que amó a su patria.*

José Martí.

La Liga (Liga Francesa de la Educación) *participa de las ideas de Franklin, quien en vez de una campana que se le había dado á entender que gustaría mucho como regalo á una nueva población que se fundó bajo su patronato, envió a ella una biblioteca popular, diciendo que al tratarse de séres racionales, era natural pensar en que más estimasen lo que tenía más sentido y producía menos ruido.*

Participa igualmente de las ideas de Horacio Mann, quien pedía ver sembrados los campos de libros, como se siembran de trigo.

Pedro Pérez Zeledón

(*Del* Informe *1887*).

recibía también La Fayette, al lado de Jorge Washington. Historicamente, la personalidad capital de Franklin es la de fundador, creador de una libertad nacional. En estos días de lo que hemos convenido en llamar post-guerra, presenciamos la bifurcación, acaso definitiva, de dos impulsos que en Benjamín Franklin, como en *nuestro* Simón Bolívar, fueron coexistentes e inseparables: el nacional y el humano. Una sola palabra los unía: libertad.

Hasta entonces, la idea de rebelión provincial o colonial, la idea separatista, había tenido un valor de lucha entre pueblo y monarca; no entre pueblo dominado y pueblo dominador, porque no había pueblos dominadores, sino únicamente reyes y vasallos. Examinemos, como ejemplo inmediato, la guerra de separación de Cataluña iniciada en 1640, casi al mismo tiempo de la Revolución inglesa. ¿Hubo en ella otra cosa que una protesta contra los Gobiernos españoles, y después contra el rey, protesta exactamente igual en sus gérmenes y desarrollo a la de las Comunidades y Germanias? En esos movimientos se iniciaba la doctrina nueva sobre los manantiales de la soberanía; nacía el sentimiento patriótico, esto es, democrático; la realeza se transmitía al pueblo, acaso como un resultado más del Renacimiento neoromano.

Pero la verdadera novedad ideal de la Revolución americana consistió en unir a la mera voluntad de ruptura entre metrópoli y colonia un sentido interior de renovación política; algo así como la unión del alma turbulenta de Guillermo de Orange, libertador de Flandes, con el alma de Cronwell, purificada por el transcurso de un siglo.

Franklin, el pensador más alto de aquella emancipación, planteaba, no ya a un rey, sino a un pueblo legítimamente orgulloso de sus libertades individuales y de su poder, la cuestión de la libertad colectiva; pero al propio tiempo promovía, en la tierra que libertaba, la consumación de las libertades personales, retrasada en la metrópoli a pesar de la ronovación dinástica. Ni la raza, ni el derecho patrimonial de los Reyes podían ser causas justificantes de un poder incontrastable y definitivo. ¿Podría el Rey de Prusia establecer impuestos sobre los habitantes de Inglaterra, fundándose en que éstos eran desciendentes de antiguos emigrados de sus dominios?

Hay cierta grandeza de coloquio entre iguales, entre Príncipes, diálogo de tragedia, en la petición elevada a Jorge III por el Congreso de Filadelfia de 1774. Copiemos las palabras de Mignet en su biografía de Franklin, obra exclusivamente pedagógica, semblanza a lo Plutarco, sometida al prejuicio de una lección moral: «Recordaban a Jorge III que sus antecesores habían sido llamados a reinar en Inglaterra para garantizar a una nación generosa del despotismo de un Rey supersticioso e implacable; que su título a la Corona era el mismo de su pueblo a la libertad; que no querían abdicar de la gloriosa condición de ciudadano inglés y soportar los males de la servidumbre...» Y agregaban: «Como V. M. tiene la felicidad, entre todos los otros Soberanos, de reinar sobre un país de ciudadanos libres, nosotros pensamos que el lenguaje de los hombres libres no le ofenderá». Y luego, al referirse ya a la independencia de los Estados Unidos de América por la declaración soberana del Congreso de Filadelfia en 1776, observa Mignet: «Por primera vez en el mundo los derechos de una nación se fundaban sobre los derechos naturales del género humano, y se invocaba para establecer su soberanía, no la historia, sino la naturaleza. Las teorías de la escuela filosófica francesa adoptadas por el Continente americano antes de haberse visto realizadas en el Continente europeo reemplazaban a las prácticas de la Edad Media; las *Constituciones* sucedían a las *Cartas*, y la antigua concesión de privilegios parciales se substituía por la reivindicación de las libertades generales».

Entre esa doble libertad americana y la libertad revolucionaria francesa se establece desde entonces una corriente de mutuas influencias. Por una extraña ironía, la Monarquía francesa no comprendió que aquel ciudadano tan exótico para ella, Franklin, especie de Anacarsis a la inversa, escita que venía a enseñar leyes a Atenas, presentaba a Luis XVI la trágica opción entre los ingleses, enemigos hereditarios de su Casa, y los futuros revolucionarios, enemigos natos de su poder; la Monarquía francesa no comprendió que debía optar entre Inglaterra y la Revolución; que si ayudaba a los rebeldes contra el poder ajeno, fomentaba la rebeldía futura contra su propio poder. Esta es la flaqueza nativa de las monarquías patrimoniales; su mutua rivalidad les impide solidarizarse contra los ataques de sus comunes enemigos. Luis XVI y Jorge III no pudieron solidarizarse contra Washington, como Washington y La Fayette se solidarizaron, espiritualmente, contra la tiranía. Ya después de la Revolución francesa, la Santa Alianza no fue otra cosa que la rectificación de aquel viejo espíritu de rivalidad. En cambio, la guerra que acabamos de presenciar, uniendo a Francia y Rusia contra Alemania y Austria, ha consumado la extinción de las monarquías patrimoniales, si bien, por otra parte, la solidaridad contubernial entre Francia y la vieja Rusia ha excluído a Francia de toda solidaridad con la nueva Rusia y la ha obligado a luchar contra ella. Obsérvese bien la analogía inversa entre esos dos fenómenos: la Francia monárquica del siglo XVIII ayudó a América contra su metrópoli, fomentando indirectamente la propia revolución; en cambio, la Francia republicana del siglo XX ayudó, con subsidios, al soberano de Rusia contra su pueblo para que aquel soberano la ayudara a ella contra otro emperador, y perdió con ello toda identificación con los nuevos movimientos de libertad.

La España de Carlos IV tuvo atisbos de previsión en los primeros momentos. «El Gobierno español, demasiado lento en sus determinaciones y teniendo harto interés en conservar sus colonias en el Nuevo Mundo para no vacilar antes de prestar su apoyo al primer ejemplo de emancipación colonial que se daba en el Continente americano, no se resolvió a aceptar la invitación». Más tarde, los odios dinásticos y la solidaridad borbónica inclinaron la balanza en favor de los americanos. La aversión al enemigo *territorial* pudo más que el instinto contra el enemigo *doctrinal*. Y cuando llegó la hora de emancipación de la América Española, ese movimiento coincidió también, no sólo cronológicamente, sino también idealmente, con la rebelión del pueblo español contra sus viejas instituciones. Bolívar, ni más ni menos que Riego, pudo creerse un luchador contra los Poderes españoles, no contra el pueblo español. Recuérdese que también la Francia revolucionaria, al invadir las tierras enemigas, proclamábase libertadora de los pueblos contra sus reyes.

Esa ambigüedad de transición entre una y otra política fundamental es el aspecto más interesante de aquellas luchas. Y no sería completa nuestra visión de conjunto si no recordásemos que la Gran Bretaña, en 1793, no quiso corresponder a la falta de solidaridad manifestada por la Monarquía borbónica quince años antes; y fué la enemiga más pertinaz de la nueva Francia, aun antes de que el poderío napoleónico renovase las viejas rivalidades. En cambio, el recuerdo de la solidaridad entre la América de Franklin y la Francia de Vergennes, unido a la presente homogeneidad de las dos Repúblicas, ha hecho que en los campos de Saint-Mihiel pudiera ser pagada la deuda de York Town, conforme a la promesa de Franklin al rehusar la paz separada que Inglaterra le ofreció con ánimo de consagrar toda su fuerza a vengarse de Francia. Las palabras de Franklin a David Hartley, en aquella ocasión, parecen una profecía. Hartley, comisionado inglés, le proponía un Tratado de comercio entre Inglaterra y los Estados Unidos, concediendo la primera algunas ventajas comerciales y comprometiéndose ambas partes contratantes a una alianza defensiva, que debía pactarse aûn contra Francia. «Franklin le respondió que Inglaterra podía considerarse bien dichosa si se la admitiese, a pesar de sus culpas, a gozar de ventajas comerciales análogas a las que había obtenido Francia, y que se engañaba si creía, al firmar la paz con los americanos, encadenarlos en una guerra contra la nación generosa donde éstos habían encontrado amistad en los momentos de su desamparo y de su opresión, y a la que defenderían en caso de ataque, obligados por el sentimiento de gratitud y por la fe de los Tratados».

Unas frases del Congreso de Filadelfia a sus comisarios parecen revelar que la gratitud de América a Francia se aumentaba con la conciencia de la heterogeneidad política de ambos Estados: «Admiramos la sabiduría y la verdadera dignidad de la Corte de Francia, que se ostentan en la conclusión y en la ratificación de los Tratados hechos con América. Ellos tienden poderosamente a hacer desaparecer aquel espíritu estrecho en el cual el género hu-

mano ha sido bastante desgraciado para entenderse hasta hoy. Esos Tratados muestran la política inspirada por la filosfía (no se olvide el sentido utilitario que entonces se daba a la palabra *filosofía*), y fundan la armonía de las afecciones sobre la base de los intereses mutuos. Francia nos ha ligado más fuertemente de este modo que por ningún Tratado secreto, y este acto noble y generoso ha establecido entre nosotros una eterna amistad».

Pero junto a esa unión, paradógica y ocasional por lo mismo que necesitaba ser justificada con tales protestas, otra unión más íntima y natural ligaba a ambos pueblos a espaldas de la lucha entre los dos Reycs. Las dos Repúblicas futuras germinaban en el mismo huevo de Leda.

Hay en la vida y en la muerte de Franklin dos momentos significativos de esa fraternidad ideal. El primero es el abrazo de Franklin y Voltaire en la Academia de Ciencias de París. Esos dos hombres fueron nativamente diversísimos; pertenecieron a categorías espirituales casi opuestas; pero colaboraron en una misma obra de liberación. En el uno terminaba un mundo, con la irónica confesión de su anacronismo y de su irracionalidad; en el otro alentaban todas las promesas juveniles de un mundo naciente. El uno contaba las desilusiones anticipadamente seniles de Cándido; el otro se iluminaba con las ilusiones noblemente ingenuas de un alma de niño, en quien germinaba la atlética juventud de su pueblo.

Cuando murió Franklin, la voz que anunció ese dolor a la Asamblea Constituyente de Francia fue también altamente significativa: la de Mirabeau. El contraste entre los dos hombres encubría, otra vez, la hermandad de los dos pueblos. Mirabeau, temperamento epicúreo, vástago desprendido de una prosapia corrupta, convirtió su alma en antorcha purificadora de su propia sangre, ofrecida en holocausto inconsciente a la nueva divinidad. Fue ya un pre-romántico. Perteneció a la impulsión de ambiguas fuerzas que libraban batalla en su corazón y en su cerebro; sintió la lucha entre su sangre y su pensamiento, como aquellos La Fayette y Chateaubriand, cuya juventud se templó en la propia América, que los atraía con su prestigio de libertad. Y Mirabeau, al cantar la oración fúnebre de Franklin, le proclama superior a la especie humana; recuerda su doble ministerio al servicio de «la filosofía y la libertad», su doble dominio sobre el rayo y sobre los tiranos. Jamás esa palabra *tiranos* sonó con más resonancia de anatema histórico. El sonido de aquella campana de exequias era también un rebato de alarma y guerra; y huía, en lontananza, un séquito de sombras malditas.

Aquel Parlamento unicameral, consagrando la fuerte unidad del poder legislativo, reflejaba una de las influencias del pensamiento revolucionario de Franklin, proclamada en 1789 por el duque de la Rochefoucauld, miembro del Comité de Constitución. Pero acaso la integridad del pensamiento republicano, la armonía entre la libertad de las agrupaciones y la cohesión total, imagen de la futura integración humana, tal como quiso infundirla Franklin en su fórmula deferativa, *Estados Unidos*, había que buscarla en la generosa, aunque frágil, concepción girondina.

Franklin aplicó esa fórmula federal a una concordia de diferentes núcleos políticos en el seno de un mismo conglomerado nacional, como antes los helvéticos y los holandeses la habían aplicado a la conveniencia de diversos grupos nacionales en una superior unidad política.

La obra de Fraklin es el manantial de dos ríos caudalosos: el de la libertad política y el de la libertad nacional. Francia, maestra directa de la nueva Europa, fue fecundada por la primera corriente, y luego recibieron ese bautismo todas las naciones que penosamente iban emancipándose de su dura tradición. La segunda corriente actuó sobre América como un agua lustral de iniciación, y desde Bolívar a José Martí, la vigorosa estirpe de libertadores no se extingue. Mas también Europa debió a aquella corriente otras impulsiones mixtas de libertad política y nacional, singularmente la que rehizo a Italia.

¿Presenciaremos hoy la divergencia definitiva de ambos ríos? En los albores de la nueva Revolución, anticipada por la guerra, y de la Sociedad de Naciones, promovida por la propia América que guarda la herencia de Benjamín Franklin, ¿serán dos energías adversas destinadas a combatirse, el principio de las nacionalidades, que pone una nueva pululación de pueblos sobre los cadáveres cesáreos de Austria y Rusia y el principio de la emancipación del cuarto estado, que, desde las etapas moscovitas, lanza un reflejo ambiguo de hoguera y de luz?

Gabriel Alomar

Pescador

=De *Criterio*. Buenos Aires=

I

Es uno de los últimos días de invierno; así lo dicen en su rumorear las claras aguas del río montuno, de este río que hemos venido a ver y cuyo bramido se siente de lejos, en los luminosos días estivales. A una de las orillas del río, cortaderas listadas, con levantados penachos blancos; a la margen opuesta, una ciénega dormida, cuyo aire huele a verdinegras pichanas, a chilcas y a pájaro-bobos. En ella croan las ranas y canta con voz ronca un sapo viejo, anunciando la gloria de la primavera.

Nos paseamos por una de las orillas de este río, cuyo bramido brioso, nos alegró en verano, cuando llenó dehesas y mangas y se alargó hasta los altos caminos de la vega.

—Allá está el pescador...

—Por allá anda el pescador...

—¿Pescador en este tiempo?

Las aguas del río están claras, claritas, frías.

—En este tiempo no salen las truchas ni los bagres...

—Allá está el pescador...

Y quien lo señala, lo mira con cariñosos ojos.

—¿No sentirá frío?... Entrarse en el agua así, descalzo, en mangas de camisa!

Cerca de donde está el mozo, en un limpión, han hecho un fuego de chilca. De allí se nos viene un olor de churrasco jugoso.

—¿Será del pescador?

Dos mujeres puebleras y una niña, se han sentado a la redonda del fuego.

—¿El asado será del pescador?

Quien hace la pregunta mira cariñosamente al mozo que camina con el agua hasta las rodillas.

Yo pienso que el pescador comerá lo que sobre. Y hago mi cálculo: le han traído para que pesque; luego le darán alguna moneda y asunto concluído... ¿Cuántas serán esas monedas?

—Buenas tardes, amigo.

—Buenas tardes, señor; buenas tardes, niñas.

Se destoca la cabeza.

—¿Sudando dentro del agua?... ¿No le hace frío, pescador?...

—No me hace frío. La costumbre...

Y con el filo de los dedos se raspa el sudor de la frente arrugada. Es joven, jovencito; andará al friso de los veinte años. Pantalones de brin, remontados por los muslos. Sombrero viejo, cuyas alas vencidas, tienen pliegues como arrugas... Pañuelo al cuello.

—¿No siente frío?

—Nada. La costumbre...

Lleva los pantalones remangados hasta la rodilla; el pescador es un hombre rubio. Con el helado roce del agua, las plantas de los pies, las palmas de las manos, se le han puesto blancas; es una blancura anémica...

—¿Pesca con red?

—No, señor. Desde muchacho, yo pesco con bolsa. Ahora verá la bolsa; no me gusta pescar con anzuelo, ni con red, ni con dinamita.—Con una recia varilla de chañar da de puntazos debajo de una mata de cortadera, que ha quedado sola en una islita, a la vera de un remanso y a cuyo arrimo viven las truchas gordas y los bagres barrosos, bocones, barbados, de resbaladiza piel.

—Aquí hacen su casa las truchas. Ya pesqué unas cuantas. Tengo que sacar a la madre, que ha de pesar lo menos dos kilos...

Y sigue dando de puntazos, allí donde la mata de cortadera afirma sus raíces. Un torbellino de agua parduzca, negruzca, se va alzando, alzando. Todá el agua se revuelve. El pescador está agachado. Con atentos ojos mira el agua turbia.

—¿Ve?... ¿Ve? La madre de las truchas va a entrar en la bolsa.

—Pero amigo... ¡Se hubiera alzado las mangas de la camisa!

—La costumbre...

—¿No le tiene miedo a la pulmonía?

—No le tengo. Si yo me he criao en este río...

—Por lo visto, la ropa se le seca en el cuerpo...

—Al ladito del fuego...

El olor del churrasco nos hace volver la cabeza. Pienso que al pescador le darán lo que sobre; porque está a la vista que es un mozo pobre, sin familia, sin perro que lo llore, uno de esos mozos de cuyo trabajo se aprovecha la gente pueblerina.

—¿Siempre por aquí?

—Siempre. La costumbre. Yo me he criao en este río. A los diez años empecé a pescar con bolsa. Me mandaban los patrones. Volvía de tarde, con tres y cuatro kilos. No me hace nada el frío. Mire, vea: ¡ni estornudo!

Las plantas de los pies chatos, las palmas de las manos que no asieron nunca del mango de una pala, han tomado una blancura de anemia.

Las mujeres que están a la redonda del fuego de chilca, empiezan a cortar el churrasco.

—¿Nos convidarán?

—¡Cómo estará de rico!

El pescador contesta:

—No sé, niñas.

«No sé, niñas»; claro, claro—pienso yo para mi coleto—sólo sabe que le darán las sobras.

El airecito se ha cargado de tibio olor de churrasco, como si se estuviera asando un costillar entero.

Fuego de chilca. Olor de churrasco. Aroma de limón de las pichanas de la ciénega. Suave canción de las cristalinas aguas del río: Nos gusta todo ello. Quisiéramos vivir en un rancho limpio, techado de totora, quinchado de chilcas, a una de las veras de este río montuno, que sustenta truchas y bagres y patos y taguas y filudas cortaderas.

—Mire, vea.

Su trampa es una bolsa pardusca, cuya boca mantiene abierta un aro de alambre. En el fondo, dos o tres piedras para que la corriente no se la lleve.

—Mire, vea: por aquí entran las truchas. Adentro debe estar la madre de todas.

A medida que levanta la bolsa, se cuela el agua turbia.

—¡Cuántas habrá adentro!

—¿Y si no se hubiera trampeado ninguna?

—El peso me está diciendo...

Sale a la playa. En la arena fresca queda el molde de sus plantas.

Pescador, pescador humilde que te mojas para dar un gusto a otros, ¿cuántas truchas has cogido con la bolsa?

¿Y el olor tibio del churrasco? ¿No percibes el olor de las costillas gordas?

—¡Qué trucha!

—¡Qué trucha!

—¿No les decía yo, niñas?

Y su cara se arruga alegremente.

—¿No les decía yo, niñas? Se las voy a regalar.

—¡No!

—¡No! ¡Qué esperanza!

—Es para ustedes...

—¡No! ¿Cómo nos vamos a aprovechar de tu trabajo! ¡Mire cómo se ha mojado!

—Les regalo esta trucha, niñas...

II

Olor de pichanas y de pájaro-bobos. Lento croar de ranas. Junto al fuego de chilca, solo, callado, sentado en una piedra, está el pescador. Mira a la perezosa las limpias aguas de su río...

Fausto Burgos

El centenario de Bolívar en México

(Envío del autor)

Este año se celebra el centenario del Libertador y México ha sido invitado para tomar parte en el homenaje que preparan los países que él emancipó con su espada. Aunque Bolívar no tomó participación directa en la obra de esta independencia política, está probado que su nombre entusiasmaba a estos héroes y todo lo que él hacía, escribía o meditaba para beneficio del continente, era motivo de constante inquietud en este país.

Un dato lo da *El Sol*, diario de esta capital del 3 de diciembre de 1826 al contar lo siguiente: «En la librería del ciudadano Alejandro Valdés sigue expendiéndose la Constitución boliviana, y el canto encomiástico del Sr. Pando dirigido al Libertador Simón Bolívar que la formó». Contribuían a mantener el interés por el héroe extraordinario los primeros republicanos, desde el general Victoria hasta el Padre Mier y algunos luchadores sud-americanos que encontraron hospitalidad aquí, tales como don Vicente Rocafuerte. El mismo diario publicó cartas del Libertador, entre otras la que de Lima le dirigió el 7 de abril del mismo año de 1826 al educador Lancaster y que publicó la *Gaceta de Colombia* el 9 de agosto anterior. Hubo día en que se diera esta noticia (el 19 de diciembre): «Páez ha desaparecido; unos dicen que habrá ido a presentarse a Bolívar, otros que le han asesinado, etc., etc. A Bolívar se le espera en Caracas, como unas 17 millas en el interior de la Guaira. A su llegada la costa se sosegará».

Bolívar visitó la ciudad de México, muy joven, entrando por Veracruz. Iba de paso para Europa y como el barco tenía que detenerse en el puerto, aprovechó la dilatoria para conocer la metrópoli del virreinato. Se hospedó en la mansión en que hacen esquina las calles que hoy llevan su nombre y la Avenida Uruguay y que habitan don Antenor Sala y su familia. Esto sucedía en 1799, siendo virrey de la Nueva España don Miguel de Azanza. El joven huésped disfrutó de la recepción amistosa que le dispensaron la marquesa de Uluapa, dueña de dicha residencia, y el oidor don Guillermo de Aguirre. Salía el joven Simón a recorrer la ciudad, acompañado del oidor, quien pronto lo relacionó con el virrey. La marquesa, que estaba fascinada por la viveza del caraqueñito, era nada menos que doña María Josefa Rodríguez de Velasco, hermana guapísima de aquella *güera* célebre que también es flor de beldades y de quien se dice que cultivó la amistad del Barón de Humboldt y enredó en sus redes a don Agustín de Iturbide. Y el virrey, que gustaba de charlar con el joven, cierto día—asegura Felipe Larrazábal, biógrafo de Bolívar—que entrando «a cuestiones de peligroso examen» se habló incidentalmente de la última insurrección en Caracas, el imberbe viajero no se desconcertó por las preguntas de Su Excelencia y como hablase con valentía de que era justa la causa de América, hizo el de Azanza girar la conversación hacia otro tema y llamando aparte al oidor, le sugirió que era prudente que el mancebo siguiera pronto el viaje a España. En la gran ciudad de México, Simón Bolívar permaneció ocho días, según cartas suyas, saliendo para Veracruz y de allí rumbo a la Habana.

Además de la lápida que informa al transeunte de la importancia de esa vieja residencia mexicana, tiene máximo valor la declaración del Congreso Mexicano de 1824, al conceder por aclamación el título de ciudadano de esta república al gran Bolívar. Tal documento puede leerse en uno de los muros de la Biblioteca Ibero-americana de la Secretaría de Educación Pública y se debe a la redacción de uno de los próceres de la independencia de este país, el insigne Fray Servando Teresa de Mier.

He aquí el texto de la solicitud en que se pidió al Congreso tal declaratoria: «Señor: Hay hombres privilegiados por el cielo para cuyo panegírico es inútil la elocuencia, porque su nombre solo es el mayor elogio: tal es el héroe que en los fastos gloriosos del Nuevo Mundo ocupará sin disputa el primer lugar al lado del inmortal Washington: por esta señal inequívoca, todo el mundo conocerá que hablamos de aquel general que, contando las victorias por el número de combates, destrozó el envejecido cetro peninsular en Venezuela, su patria, en Cartagena, Santa Marta, Cundinamarca, Quito y Guayaquil, con las cuales se formó la inmensa república de Colombia; hizo más; se venció a sí mismo, depuso voluntario su espada triunfante a los pies de los padres de la patria que reuniera para constituirla y se constituyó su primer súbdito, rehusando con empeño todo mando: de aquél hablamos que, resumiéndolo, por obediencia sin ficción, está ahora triunfando en el país de los incas, de las últimas esperanzas de la soberbia española: de aquél hablamos, en fin, a quien las re-

públicas de la América meridional una tras otras, han nombrado sin miedo su dictador, porque el cúmulo eminente de sus virtudes aleja toda sospecha de abuso y despotismo. Tal es el excelentísimo señor don Simón Bolívar, presidente de la República de Colombia, gobernador supremo del Perú, llamado con razón el *Libertador,* admiración de la Europa y gloria de la América entera. Por sus tratados de íntima alianza entre las repúblicas de América ya es, y merece serlo, ciudadano de todas. Pedimos, pues, V. Sob. declare solemnemente que lo es de la República Mexicana, en lo que creemos recibir aún más honor que a él puede conferir este título; por lo mismo haríamos agravio a V. Sob. altamente penetrado de reconocimiento y estima, por los servicios patrióticos, valor y virtudes del héroe, si para tal declaración exigiésemos fórmulas comunes; aquí todo debe salir de lo ordinario, y suponemos que la aclamación unánime del Sob. Congreso del Anáhuac es la sola vía digna, inmortal, que V. Sob. va a declarar ciudadano de la República Mexicana. El diploma y la manera de entregarlo serán igualmente dignos del ciudadano y de la magnificencia de su nueva patria».

Rafael Heliodoro Valle

Tacubaya, D. F. México, 1930.

Marginaciones bibliográficas

(Envío del autor)

Comprimidos. Lidya Bolena.—Imprenta Trejos Hermanos. San José de Costa Rica.—Ha reunido doña Julia Jimeno de Pertuz en un pequeño volumen todos sus cuentos publicados. Son cuentos sencillos, escritos en lenguaje llano, sobre temas familiares, de todos los días, y sin embargo hay cierto sabor en estos trabajos en los que la autora no se ha propuesto difíciles psicologías ni tecnicas novedosas. Son relatos dentro del riguroso concepto de que, si la novela es una serie de episodios, el cuento es un episodio. Lydia Bolena es bien conocida. Escritora discreta, bien puede considerársele como una de nustras más salientes *mujeres de letras,* para calificarla a la francesa. Y lo es, efectivamente, en el sentido que se dá en aquel país a la para nosotros arrogante denominación, pues Lydia Bolena, sonrisa espiritual en aquel chalet simpatiquísimo de la Legación de Colombia en la capital centroamericana, vive entre libros, entre la música que cultiva con inteligencia, y entre la gente que sabe conversar con amenidad y cultura.

Canciones y Ensayos. Rafael Estrada.—Edición de *El Convivio.* San José de Costa Rica.—Otro libro de prensas costarricenses. Pero esta vez no se trata de un libro colombiano, sino de aquel país. Rafael Estrada, después de haber hecho rutas inusitadas en un pegaso enjaezado con jáez vanguardista—diga el vocablo lo que dijere, que todavía no lo sabemos—tornó a su querencia de poeta antañón, de clásico—como él mismo lo dice—aunque en la familiar manera en que rima ahora este nuevo libro se descubran a cada paso rebeldes escapadas que sublinean la prosapia de sus versos con donosos ribetes de versos sin tradición y sin trascendencia. Yo hablé ya de este libro, aunque pocas palabras también, en una nota de la *Novela Corta.* y en unos apuntes sobre aspectos costarricenses que publicó *El Porvenir,* revista, aquélla, de San José; periódico, éste, de Barranquilla. A mí me gustan estas canciones por que no veo escuela, ni tendencia, ni nada con rótulo en ellas. Salvo aquello que ya dije. Y esto lo ha conseguido Estrada, después de *Huellas* y del *Viaje,* etc., porque es un gran poeta.

Sabiduría melancólica. José Gnecco Mozo.—Imprenta *El Estado.* Santa Marta.—Una novela escrita con completa despreocupación literaria, en la que se plantea el problema de la fecundación artificial. No obstante el carácter un tanto marionético, como de figuras de cera o de tipos cuadriculados de film de propaganda, de los personajes, hay gran relieve psicológico en el médico amigo del profesor y aún en la mujer, que resulta caldo experimental en aquella especie de laboratorio que es la casa del profesor. En gracia de la emocionante invención, pueden olvidarse detalles. La novela está por lo demás bien enmarcada y su estilo, sin ser novedoso hasta la originalidad, resulta nuevo, lejano de la cansina prosa del cuento nacional, que fatiga y adormece. Gnecco Mozo tiene fuerte fibra de escritor y gusta de lo arbitrario o extraño en el sujeto, de lo que puede rendir páginas inesperadas, de inusitado cariz. Preferiría hasta la excomunión católica a la senda repisada y asaz conocida. Viene bien, con lastre de cultura nueva. Y es joven.

El libro sin nombre. Ciro Mendía.—Tipografía Foto-Club. Medellín.—Mendía, el buen cantor de los pobres gamines de las calles, y más tarde comentador y recopilador del acervo folklórico nacional, dá ahora al volumen la colección de sus poemas de selección. Un crítico de España ha loado esta obra, por raramente conservadora de una lírica que va desapareciendo, y está justificada la loanza. Mendía para nada se acuerda de que hoy ya no se hacen versos así. Y cincela su inspiración en magníficas esculturas de palabras que complacen estéticamente y que, al revés de las esculpidas en piedra, tienen dentro fuego de ideas y sangre de emoción. Quién sabe si en este despego de Ciro Mendía por las formas nuevas hay oculta la profesía de un renacimiento! Yo no lo dudo, pues, si se exceptúa a unos pocos poetas de vanguardia, maravillosos rebuscadores de imágenes—y ya se sabe que sólo en el culto a la imagen reside el arte de vanguardia—todo lo demás es de una repetida y desesperante monotonía. Hay mucha pieza hueca, y no de oro. El libro de Mendía es un desafío a los tiempos que corren. Podrá mañana darnos el *bibelot* a la moda. Pero le quedarán estos poemas para probar que, apesar de todo, tenía talento.

Mariana de Jesús. Augusto Arias.—Talleres de *El Comercio.* Quito.—Un libro de afección. Como aquel maravilloso sobre Juana de Asbaje. Como el que trata de la vida de la Madre Castilla. En este parvo volumen de Augusto Arias, temperamento nuevo, calentado al calor de una tradición severa, se evoca la figura de la monja Mariana de Jesús, con palabra grave y accidentada como el paisaje en que le tocó actuar a la religiosa. Y no se sabe dónde se cumplió más cabalmente la evocación, si en aquélla o en éste. Las líneas en que sintetiza Arias el panorama de Quito son una muestra de la movilidad de su espíritu, esquivo a la línea recta y al plano que son el ataúd de la emoción. Escoge sus sílabas pétreas y las pule para el sillar. Así levanta el edificio de su prosa, la exacta y justa para el narramiento de los días de la heroína. Augusto Arias ha actuado en el grupo de *América,* que en la capital del Ecuador representa modalidades actuales. En este librecillo se nos descubre como un escritor de raíz mística, aunque como al fraile de Aloisius Bertrand, le seduzcan las escapadas en la noche.

G. Castañeda Aragón

Santa Marta. 1930.

No hay derecho

(Envío del autor)

Tunja y los Estados Unidos.—Desde que la pequeña ciudad de Tunja, enclavada en la cima más helada y más remota de los Andes colombianos, empavezada de conventos y sin más de cuatro mil almas—y almas inocentes como eran las de entonces—desde que la pequeña ciudad de Tunja cometió el enorme error de declararle la guerra a Napoleón, se han inventado las más peregrinas historias para pintar el candor y las alucinaciones de sus gobernantes. Así es como suele hablarse de cierto alcalde suyo que dió un decreto consagrando a la ciudad «tierra caliente», y ordenando que se procediera a cultivar el café, la caña de azúcar, el cacao y cuanto producto fuese propio de los climas cálidos.

Afortunadamente para el mundo, un error semejante, en cabeza de un alcalde de Tunja, carece de significación continental. La balanza económica de ningún país sufre cambio alguno. El decreto concluye en las paredes de la casa consistorial, y más allá de la casa el día y la noche siguen poniendo sus cruces de hielo en las esquinas, en los campos se renuevan los cultivos de patatas y siguen los rebaños de ovejas dispersándose y amontonándose sobre la falda de los oteros.

No ocurre lo mismo si una idea semejante se incrusta en la cabeza de unos ricos estancieros norteamericanos. Aquí, por ejemplo, se le ocurrió a algunos de ellos sembrar de remolachas unos campos que podrían ser propios para infinito número de cosas, menos para el cultivo de las remolachas. Pero como ellos lo quisieron, así se hizo, y al cabo de algún tiempo empezaron a recogerse las cosechas de raíces desabridas. que sirvieron para sacar un azúcar muy blanco, bastante simple y bien costoso.

Lo que va de Tunja a los Estados Unidos.—Si el alcalde de Tunja hubiese obligado a los tunjanos a sembrar café, las plantaciones hubiesen decaído y en Tunja se habrían seguido consumiendo, a su justo precio, el delicioso café de Caldas, o el de Antioquía, o el de Cundinamarca. Pero en los Estados Unidos no ocurre lo mismo.

Como los estancieros de la idea de las remolachas eran gentes de alguna influencia, se hicieron al favor del Senado americano, y por este motivo hoy, cada libra de azúcar cubano que se importe a los Estados Unidos paga un derecho de aduana de dos centavos. Y así, aunque desde 1916 el departamento de agricultura había dicho cuáles eran las tres únicas zonas en donde podía sembrarse remolacha en condiciones económicas, hoy hasta los estancieros que no tienen sino pedregales pueden dedicarse alegremente a sembrar remolachas.

Esto ha producido una doble consecuencia: por una parte, Cuba redujo su capacidad económica de cinco a uno, según lo ha declarado Orestes Ferrara; y por otra parte el pueblo de los Estados Unidos tendrá que pagar hoy dos centavos más en cada libra de azúcar que consuma. En el Senado de los Estados Unidos se ha declarado que la nueva tarifa de aduanas «elevará los precios de $ 500,000,000 a $ 1,000.000,000.»

O dicho en otros términos: Que Tunja le hubiera declarado la guerra a Napoleón es un hecho que no se registró en Europa, pero que los Estados Unidos le opongan una muralla a la industria de Cuba es cuestión de honda repercusión económica en más de medio Continente.

El sentido común de nuestro tiempo.—Hasta la época en que Tunja le declaraba la guerra a Napoleón podían hacerse las cosas más estupendas sin que la economía de los países de América sufriese una alteración importante. Entonces los productos de la tierra que crecían como por encanto en sabanas intactas eran más que suficientes para alimentar y vestir a una población escasa y sin ambiciones domésticas. Para vivir sin radio, sin automóviles, sin cambio de modelo en los vestidos y sin teatros, con cultivar media fanegada de tierra por habitante había más de lo necesario para pasarla con holgura. Por eso se podían hacer en América cada dos o tres años las guerras civiles o celebrar la Semana Santa en abril y en diciembre, sin que las finanzas anduviesen seriamente resentidas. No eran aquellas empresas desacabelladas cosas que realmente pudieran combatirse por estar fuera del sentido común, porque el sentido común no es sino una especie de criterio económico que obra siempre de acuerdo con las circunstancias.

Pero el sentido común de nuestro tiempo exige un aprovechamiento más estricto de la tierra, una selección de zonas para los cultivos, alguna libertad de acción para que los pueblos puedan vender lo que producen y comprar lo que desean. Si el departamento de agricultura paga a una escuela de químicos para que estudien las regiones propias para sembrar remolacha en los Estados Unidos y los químicos declaran la esterilidad de una región determinada, es de sentido común cargar con las cepas para otro lado y no armarle un lío a los ciento veinte millones de habitantes que en los Estados Unidos tendrán que pagar esa falta de sentido común a razón de dos centavos de prima por cada libra de azúcar que consuman.

La América en realidad es una población que se ha dedicado a las industrias en el norte, porque en el norte están el carbón, el hierro y el petróleo, y que ha consagrado la región del sur a la agricultura, porque la zona tórrida es incomparable para sembrar la caña, el café y los tabacos. Por eso los Estados Unidos se caracterizan por el ajetreo en medio de los altos hornos, y en Cuba y en Colombia son verdes y placenteras las colinas y se ponen blancos de flores o rojos de frutas los fértiles arbustos del café. Y esta balanza tiene que descansar así por mucho tiempo, porque perderíamos nuestro esfuerzo los del sur fabricando automóviles o los del norte lo perderían sembrando cafetales. Ahí estamos los unos y están los otros comprando lo que no se tiene y vendiendo lo que se tiene en abundancia.

Algun cínico escritor norteamericano decía que si la isla de Cuba se anexara a los dominios norteamericanos, como no le parecía a él improbable, se encontraría una gran dificultad en los estancieros que cultivan remolachas, pues en este evento iban a dar con un competidor dentro de la propia casa y habría entonces que romper la unidad del país para levantar aduanas interiores. Sin ver las cosas en una forma tan agresiva, es un hecho la unidad económica de América, y la prueba está en las consecuencias que ha traído la testarudez de unos estancieros ricos en un país dispuesto a protegerlos.

No hay derecho.—Pero no hay derecho. La vida del pueblo americano, del pueblo que trabaja lo mismo en la Carolina del Sur que en el Gran Chaco, o en Valparaíso o en Nueva York, necesita de alivios y de facilidades. Hay que aceptar el peso de una civilización que ha hecho de la premura, de la falta de aire, de la merienda en cinco minutos y de la familia ausente desgracias irremediables y dogmas malditos. Ya eso es suficiente. Ahora hay que buscar los filos de luz, hay que coger los hilos de aire.

En la distribución de los papeles que cada región debe representar dentro del cuadro de la producción americana se acepta que puedan cometerse errores, pero que no que se estimulen los caprichos. El pecado no es local. A todo lo largo del continente los congresos no hacen sino sancionar la incuria y el conservatismo de los campesinos con el paraíso artificial de las tarifas de aduanas. Pero es hora ya de reaccionar. Hay que tener el sentido común de aprovechar la tierra y de aprovecharla según indica la razón de la ciencia, la química, que hoy, como en el tiempo de los alquimistas, parece destinada a revelar los designios de Dios.

Porque no hay derecho para que en Colombia sigamos regando el trigo con la misma ciencia primitiva que usaron los chapetones en el crepúsculo de la conquista, ni para que por unas remolachas desjugadas se abandonen las cañas dulces de Camagüey y de Pinar del Río, cuyos tallos no atan sino hilos de miel.

Germán Arciniegas

Nueva York, 1930.

Cosas que no debería decir

Segunda entregá de Apuntes para un inventario del alma norteamericana

El fin de la vida para el noventa y nueve por ciento de los norteamericanos es la utilidad.

En Nueva York nadie puede vanagloriarse de matar el tiempo. El tiempo lo persigue, lo mata a uno.

El ideal de los Estados Unidos es inventar la regla sin excepción.

Para verdadero filósofo le falta al norteamericano una cualidad esencial: la duda. Está todavía demasiado seguro de sus conclusiones.

A comienzos del año 1925 una empresa de turismo empezó a vender apretones de manos con el Presidente Calvin Coolidge. El negocio estaba concebido en una forma simple y efectiva. Cada turista que iba a Washington por intermedio de las agencias vendedoras de *shake-hands* recibía junto con su boleto la promesa de una visita a la Casa Blanca y una corta entrevista con el Presidente. Como los itinerarios de los viajes de turismo se fijan con bastante anterioridad las compañías disponían siempre del tiempo necesario para conseguir, por intermedio de representantes del Congreso, que Calvin Coolidge recibiera en una fecha determinada a los excursionistas. Cuando los diarios de Nueva York publicaron las estadísticas desfilaban por los salones de la Presidencia de seiscientos a mil turistas por día.

Sin embargo, a pesar de la audacia de semejante contrato de compra y venta, ésta no es una idea comercial del todo nueva. Con anterioridad a la subasta de apretones de mano un fotógrafo había explotado privadamente en Washington un negocio similar estupendo. Era Presidente de los Estados Unidos W. H. Taft. El fotógrafo imprimió sobre cartones recortados una fotografía del Presidente de tamaño natural. Taft aparecía en el retrato de pie, con el brazo extendido, la mano abierta y una expresión de complacencia. La persona que deseaba un retrato en compañía del primer ciudadano de los Estados Unidos no tenía más que pararse frente a esta especie de perfecto maniquí del dignatario, responder con una sonrisa a la sonrisa impresa en el retrato de cartón y estrechar la mano perennemente extendida y abierta del Jefe Supremo. Centenares de turistas pasaron a diario por las salas del fotógrafo hasta que la policía descubrió la comedia e hizo caer el telón.

La gramática psicológica de los Estados Unidos admite un solo caso de comparación: el superlativo. Se es lo más grande, lo más costoso, lo más económico, lo más fuerte, lo más democrático—se es la última palabra en el género—o no se es nada.

En los Estados Unidos las únicas personas que viven una vida romántica son los bandidos.

Speak-easy: término a la moda inventado en Norte América para designar los lugares en los cuales se vende al público licor clandestinamente. *Speak-easy* significa hable despacio.

A un inglés que visitaba los Estados Unidos le preguntaron:

—¿Cuál es su opinión de la ley seca?

—Mi opinión—contesta el inglés—es que en realidad no existe.

La prohibición se implantó con el propósito de suprimir la embriaguez. Ha producido en cambio un estado de franca intemperancia.

Estadísticas oficiales hacen subir a 1.124.268 galones la cantidad de whisky que en los seis primeros meses del año 1929 se exportó del Canada a los Estados Unidos. El valor total de este whisky pasa de veinte millones de dólares. Durante el mismo período de tiempo el Canadá importó de los Estados Unidos sólo cinco galones de whisky, avaluados en diez dólares.

He aquí un simple problema de economía política basado en la ineludible ley de la oferta y la demanda.

Ciencia es en Norte América, el estudio de las causas y efectos de verdades tangibles demostrables prácticamente. Tiende a reducir cualquier manifestación del conocimiento humano a cartas explicativas gráficas. Parece que la necesidad de catalogar fuera una necesidad orgánica del norteamericano.

El *jazz*, el *dollar* y el *self-made man* son los tres productos típicos que Yanquilandia ha incorporado a la civilización mundial.

Aquí, la historia de muchas vidas, se reduce a una lista de cifras.

—¿Se visten bien las mujeres norteamericanas?

—Por regla general se ven mejor mientras más se desvisten.

Suprimir los aumentos de sueldo por derechos de antigüedad equivaldría en Norte América a privar a una cantidad enorme de individuos de la única excusa, razón o fin de existir.

¿Qué sucedería en los Estados Unidos si de improviso desapareciera totalmente la goma de mascar? Puede alguien definir la naturaleza de ocupación que reemplazaría—en los ratos de ocio de la vida metódica de un norteamericano—a este movimiento persistente de las mandíbulas?

La hipótesis es más grave de lo que a primera vista parece. No se encuentra fácilmente un sustituto inofensivo para aquellos hábitos que representan una necesidad orgánica.

En Yanquilandia que hay tantos días del año consagrados a diferentes virtudes sociales—com el día consagrado al orden, el día consagrado a la limpieza, etc.,—debería instituirse un aniversario para celebrar la creación de la goma de mascar.

Norte América reconoce oficialmente la infalibilidad del carnerismo. *120.000.000 of americans can't be wrong.* Ciento veinte millones de norteamericanos no pueden equivocarse. O en otras palabras, la verdad de la multitud es la única verdad. El que aspira a que se le reconozca razón debe imprescindiblemente pensar de acuerdo con la masa.

Los Estados Unidos aspiran a que, junto con la variedad de salchichas puestas en el mercado al alcance de todos los bolsillos, para el deleite general de los milllones de paladares, haya también ideas comunes niveladoras de la mentalidad colectiva.

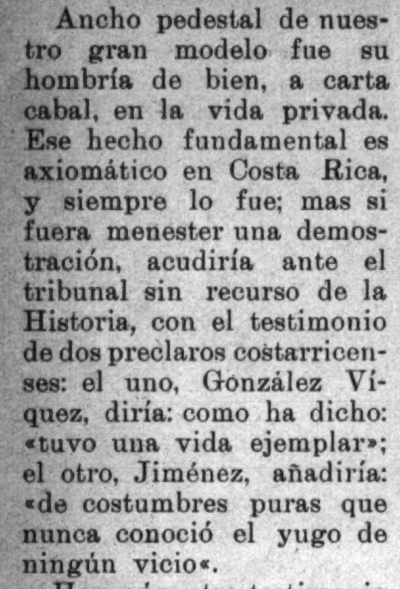
Armando Zegri

(Envío del autor) New Yok, 1930.

Recordando a don Mauro [1]

El hombre privado

= De *Athenea*. San José, Costa Rica. 1918 =



Ancho pedestal de nuestro gran modelo fue su hombría de bien, a carta cabal, en la vida privada. Ese hecho fundamental es axiomático en Costa Rica, y siempre lo fue; mas si fuera menester una demostración, acudiría ante el tribunal sin recurso de la Historia, con el testimonio de dos preclaros costarricenses: el uno, González Víquez, diría: como ha dicho: «tuvo una vida ejemplar»; el otro, Jiménez, añadiría: «de costumbres puras que nunca conoció el yugo de ningún vicio«.

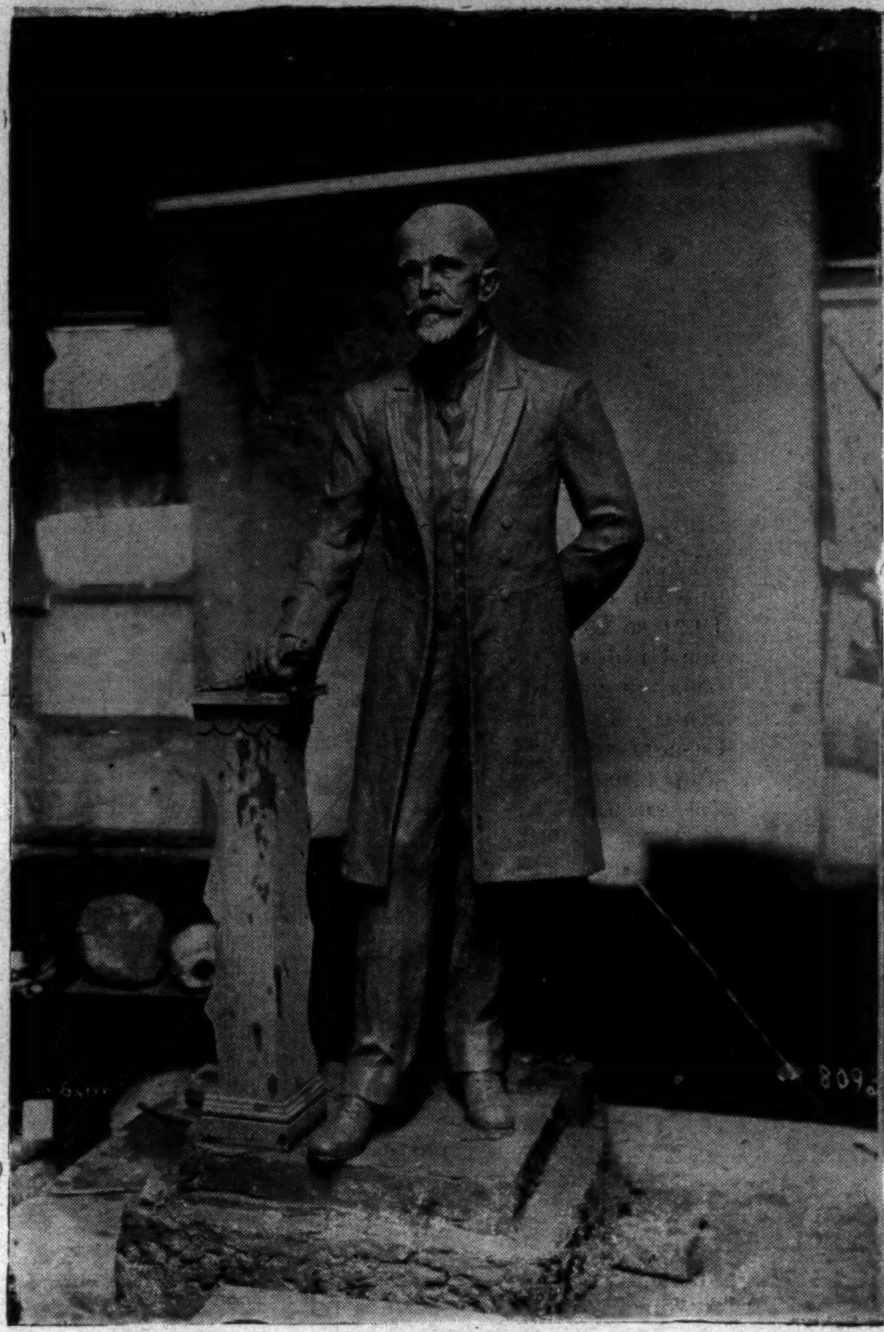
Hay aún otro testimonio más valioso, la propia conciencia del señor Fernández; oidlo: «Anoche hubo baile espléndido como nunca en... Cumplí mis deberes con ésta, con aquélla y con la de más allá, y me retiré a las 3 a. m. Ya en mi lecho, hice examen de conciencia y nada, amigo, tranquila la regañona, como si no hubiera estado a prueba toda la noche: nada me reprochó».

Tal era el hombre; y haya indulgencia para quien, sin autorización de nadie, al cabo de treinta años largos, divulga tan preciosa confidencia.

Fueron los venturosos padres de don Mauro don Aureliano Fernández y doña Mercedes Acuña. Por la línea paterna aportó el hijo estas nobles cualidades y virtudes: admirable despejo intelectual; entusiasta arrebato en la prosecución de sus ideales; sociabilidad; derroche de los ricos dones de su amistad, solidaridad familiar; aptitud para el perdón de la ofensa y también para el olvido de ella, ambos por acto simultáneo, instintivo, diríase maquinal; ardor de imaginación; agresividad y empuje en el preciso instante requerido; visión clara de lo lejano y de lo confuso en el espacio y en el tiempo; insaciable afán de propaganda de ideas, principios y causas buenas, nobles y levantadas cuyo apostolado y aun martirio asumía gozoso, por movimiento espontáneo y natural; instinto músico; carácter eminentemente comunicativo, en raro consorcio con el hábito adquirido de la reserva prudente y necesaria; amor a los viajes; perfecto dominio de los números y afición al comercio y a la banca; estas bellas cualidades han solido resplandecer en algunos de los miembros más distinguidos de la familia Fernández; por supuesto no juntas, como en don Mauro, por singular concesión del cielo, se reunieron.

De la buena y santa madre, a favor de quien confesaba el hijo esta formidable deuda: «Todo cuanto soy y cuanto valgo lo debo exclusivamente a mi madre», por haber quedado huérfano de padre en la infancia, derivó el señor Fernández las siguientes dotes:

Método; limpieza de pensamiento y de corazón; limpieza de manos y de boca; limpieza de traje y habitación; caridad; prudencia; perseverancia; propia estimación; cuidado exquisito, pero altamente disciplinado, de su inseparable bestia, (así llamaba a su propio cuerpo); espíritu docente; serena conformidad con la desgracia irremediable; amor a las criaturas inferiores, y aun a los seres no animados que embellecen la creación; industria; atildamiento; atención para detalles; devoción conyugal; perenne consulta de la conciencia; mansedumbre; anhelo de la paz; fortaleza de alma; me-



Don Mauro Fernández

(Según el admirable modelado de *Juan Ramón Bonilla*)

dicación generosa de la dolencia espiritual ajena.

La grata compañera de vida de don Mauro, añadió a la esmerada educación doméstica de su consorte, a su primera y segunda enseñanza y a su amplia instrucción universitaria, nuevos medios, aspiraciones y recursos, del gran caudal de que ella, mujer de poderosa inteligencia, sabia institutriz, nacida, educada y pulida en Inglaterra, disponía, a saber: perfecta y acabada posesión del habla inglesa, no ya para la simple interpretación verbal o escrita del lenguaje científico más elevado, sino para conferir en esta lengua, como lo hizo gallardamente don Mauro en grandes e ilustradas asambleas de Estados Unidos e Islas Británicas; optimismo que pudiera decirse rematado, por la inconmensurable confianza de ambos cónyuges en la bondad esencial de la humana especie; marcado tinte anglosajón en ideas, prácticas, costumbres, gustos y tendencias; y celosísima, británica averiguación del hecho efectivo, para cimentar la determinación sobre base estable, segura, indestructible.

Era de sentir el doctor Holmes que la educación del niño debía comenzar, cuando menos, doscientos años antes de su nacimiento; asimismo pensaba el señor Fernández; y por esto confió una vez a un amigo suyo este primor autobiográfico: «Por veces casi me convenzo de que lo único que yo tengo es UN POCO DE CORAZÓN Y MUCHA, MUCHÍSIMA FÉ en cuatro verdades sintéticas, que hallo en mí y no sé si son herencia de siglos, o cómo las he adquirido. Cuando concluya mis estudios de Spéncer, le daré toda mi doctrina. Estoy ahora en el estudio de la Sociología, de la cual devoro cada noche, como ración fija, diez fojas».

Después del *vir bonus*, resalta en el Sr. Fernández *el filósofo*, en el sano y correcto sentido de la palabra: enamorado de la sabiduría. Dejando a un lado la parte especulativa de su sistema filosófico, que nos llevaría muy lejos, tenemos condensada su rica experiencia en breves sentencias, formuladas para el consumo diario, propio y ajeno, y de ellas dará alguna idea la siguiente muestra.

No hay que sentarse a llorar sobre ruinas. «Al contrario, tras el fracaso, debe uno erguirse y evocar toda la reserva de fuerzas que han quedado inactivas, para emprender de nuevo la obra y con-

(Pasa a la página 367)

[1] Parte del discurso que pronunció don Pedro Pérez Zeledón el 15 de setiembre de 1918, al inaugurarse la estatua del prócer don Mauro Fernández.

Párrafos sugestivos del Informe presentado al Sr. Ministro de Instrucción Pública por don Pedro Pérez Zeledón en 1887

...El señor J. Abelardo Núñez, hoy Director General de Instrucción Pública de Chile, fué comisionado por el Gobierno de su patria para visitar en Europa y Estados de Norte América los principales establecimientos de educación. Tres años y medio empleó en recorrer las primeras Escuelas de Francia, Alemania, Bélgica, Suecia, Noruega, Dinamarca, Inglaterra y Estados Unidos, y hace poco tiempo vió la luz el primer tomo de sus Estudios sobre Educación Moderna que trata exclusivamente de la *Organización de las Escuelas Normales.*

Cuando Mr. Bresler, Director del *Boletín de Instrucción Pública* de París, revista dedicada a España y las Repúblicas Centro y Sur Americanas, puso en mis manos ese libro, creí adquirir una joya de precio inestimable, como era la verdad. Las condiciones de las Repúblicas de Costa Rica y de Chile son tan análogas, que el trabajo del señor Núñez, hecho para la última, responde cumplidamente a las necesidades y aspiraciones de la primera. ¿Ni qué pudiera yo decir sobre organización de escuelas normales, visitadas naturalmente de paso, que algo pudiera acercarse al profundo y completo estudio del eminente educador chileno? Desde entonces concebí el pensamiento de referirme en un todo, en cuanto al ramo normal, a la preciosa obra del señor Núñez. A ella me refiero, pues, y ahorro todo comentario, porque los que yo acertara a hacer en este sentido, antes perjudicarían el trabajo del señor Núñez, que lo ampliaran y completaran.

Cajas escolares de ahorros.—Después de los trabajos de Mr. Laurent para vulgarizar la idea del pequeño ahorro, ella ha ganado mucho terreno en la práctica.

De nada vale adquirir si no se aprende a conservar.

Este aprendizaje debe hacerse durante la niñez.

El hábito del ahorro es parte de la educación.

Por lo tanto, entra de lleno este asunto en el dominio de la Escuela.

En Francia hay en ejercicio ocho mil y tantas cajas escolares de ahorros con más de ciento setenta y siete mil libretas.

¿Qué es lo que el niño deposita como base de su futuro capital?

Cinco céntimos de franco, o sea un centavo de peso!

El sistema seguido en Angers es éste: el maestro pone en manos del alumno un cuaderno, cada una de cuyas hojas tiene veinte casillas destinadas a recibir timbres de un valor ficticio de cinco céntimos. Cuando el niño alcanza a llenar una hoja, el maestro la desprende del cuaderno, y en sustitución de ella entrega al alumno una constancia de depósito formal de un franco en la Caja Central de Ahorros.

Si el niño deja la escuela, por algún suceso extraordinario, como la muerte de los padres u otro, al exigir el retiro del depósito, se halla con un pequeño caudal.

Así aprende el niño europeo a salvarse de la miseria, mediante la economía y la previsión.

Yo no pienso que la institución de cajas escolares de ahorros pueda hoy, desde luego, introducirse en Costa Rica; fácil es prever los abusos que se cometerían y el desprestigio consiguiente de la idea.

Pero no debe renunciarse a ello de un modo absoluto.—Puede introducirse, sin género de duda, en establecimientos que se hallan bajo la inmediata inspección del Ministerio, como sucede con el Liceo de Costa Rica En vez de cinco céntimos que se deposite no menos de cinco centavos en manos del Director del establecimiento, o empleado especialmente encargado de este servicio. Cuando el valor de los ahorros del niño monte a un peso o dos, que se traslade el depósito a una caja más formal.

No es difícil que nuestros niños economicen cinco o diez pesos en el año. Mil y quinientos o tres mil pesos de ahorro en una sola escuela, es resultado que halagaría. La idea alcanzaría crédito y su porvenir sería seguro.

Cierto es que la administración de estos pequeños ahorros es molesta y costosa por demás, dadas nuestras costumbres; pero esas costumbres no se reformarán sinó por este medio. y hay que emprenderlo con valor y energía.

No sólo los niños ¡cuántos padres aprenderán entonces a pensar en el ahorro!

Biblioteca de Beblenheim.—Puede su fundación servir de ejemplo para fundaciones de esta clase.

Habla Juan Macé.

«Escogí en mi biblioteca diez volúmenes—diez volúmenes que no había leído, y que sabía que no había de leer.—Ocho de ellos decían *Boletín de la Sociedad de Aclimatación.* Llevé mis diez volúmenes a casa del empastador y le ordené imprimir en el lomo, en vistosas letras de oro, ***Biblioteca Comunal de Beblenheim.*** Luego fuí a ver al Alcalde y le dije: ¿quiere usted que formemos una Biblioteca Comunal? El Alcalde no fué poderoso para decirme que no, tuvo que consentir, *y la biblioteca fué.*»

Sucedía en esto algo parecido a lo siguiente:

Mr. Millerand, amigo de Juan Macé, le dijo un día: «Por Dios ayúdeme usted a formar una so-



Don Pedro Pérez Zeledón

Por ahí de los 60 años.
Falleció a los 76.

Claro varón de Costa Rica. Falleció en esta ciudad la noche del 31 de mayo pasado.

¡Cuanto bueno observó y anotó don Pedro en su viaje (1887) por Francia, Bélgica, Suiza, Estados Unidos, etc. etc.! Lean los maestros preocupados el excelente Informe *del caso. ¡Cuánto de lo que aconsejó entonces y quiso para Costa Rica, por hacerse está todavía! El mayor de los pecados en los dirigentes de un país: desoír, no educarse, no dejarse guiar, aconsejar por los que de veras saben y de veras aman a su patria.*

Canto a los Padres de la Patria

A la memoria de don
Pedro Pérez Zeledón.

Sobre el maizal de militar penacho;
en la quietud sanchesca del poblado,
y en las desfloraciones del arado
que se hunde entre la tierra, apasionado
con la pujanza lúbrica del macho;
en la esmeralda de mi monte erguido;
en el topacio de mi tarde quieta;
en la pupila azul de la violeta,
y en la penumbra maternal del nido;
en el quieto regazo del abuelo
o en la inquietud del brazo que trabaja
o en la altanera palma que desgaja
sus hojas en un ímpetu de vuelo;
en todo, en el regazo de mi tierra,
vive la libertad.

(Pasa a la página 367)

ciedad en Cherburgo, yo no puedo conseguirlo». Macé contestó: «Espere usted un instante». Tomó una hoja de papel y escribió su nombre, y sobre el papel consignó la primera cotización. Y así nació la sociedad.

El Director de la Escuela de Waldemburgo (aldea de 900 habitantes), era el Doctor Götz, escritor histórico, autor de varios obras. El carácter distintivo del maestro suizo es el de la dulcedumbre para con los discípulos. Nada de rigor, nada de castigo y disciplinas: todo lo obtiene el maestro—atención, orden, interés, aplicación - por medios suaves y acomodados al grado de inteligencia del discípulo. Cuando el niño se distrae o juega, el maestro se acusa a sí mismo de la culpa: no acertó a despertar suficientemente el interés del discípulo; redobla su esfuerzo para alcanzarlo, y lo alcanza. De este número de maestros es el Doctor Götz.

Había un cuadro mural que representaba un paisaje en el que entraban montañas, nubes, casas, molino, jardines, gentes, animales, etc. —El maestro llama la atención de los niños con una pregunta sobre un detalle cualquiera del cuadro, y no admite contestación monosílaba, seca; sino que exige una frase completa, algunas frases a veces, una pequeña composición. El discípulo contesta con el rostro alegre y placentero, y si se equivoca, una pequeña caricia del maestro se lo advierte, cobra nuevas fuerzas y acierta. No ví en todas estas escuelas un semblante triste, y la benevolencia del maestro llega a un extremo, que para nosotros sería reprensible, (p. e.) permitir que el niño tararee alguna tonada infantil mientras concentra su entendimiento en la resolución de algún punto difícil; consentir que con el tintero y avíos de escritura aparezca en el escritorio un trozo de pan y de queso, etc.

Cuando ví aquello no pude menos que traer a la memoria este bellísimo pasaje del Padre de las Escuelas, Horacio Mann, en su discurso llamado *Motivos del Maestro.*

«Si hubiese alguno que hablase de la tarea molesta de instruir niños, o esté por los golpes como el medio más moralizador y el primer recurso en caso de dificultad, que arroje los libros y no hable de niños, sino de toros, o mejor, tome la piqueta de herir granito y engañe su imaginación con la idea de que los fragmentos de piedra son de espaldas de muchachos, como tarea más propia de sus férreos brazos, y todavía más duro corazón.

»¿Qué necesidad hay de exhortar a los maestros a que se armen de paciencia? Un maestro no tiene más excusa por abandonarse a la cólera, a causa de los mil casos de olvido, negligencia y travesura de los niños, que el hortelano a causa de que las frutas estén agrias, cuando aún no han madurado.—El atolondramiento está en la naturaleza de los niños, de la misma manera que el ácido en las frutas destinadas a ser dulces. Función y oficio del maestro es el suministrar las influencias correctivas necesarias. Pero esta obra de trasformación no es la obra de un día.—Bajo los oblicuos rayos del sol germina el trigo, brotan y florecen los árboles, y la viña extiende sus vides; y sin embargo, para toda aplicación humana todavía son sin valor alguno.—¿Cánsase o desanímase por eso el Sol? Semanas y meses prosigue su obra, aumentando el ardor de sus rayos, hasta que al fin las ricas mieses se mecen saludando al cosechador; el huerto se esmalta de frutos con los colores del iris, y en la plenitud de su agradecimiento la viña derrama sus jugos nectáreos.»

El espíritu de Horacio Mann alienta al maestro suizo.

La clase de aritmética se da con pizarra y ábaco usados simultáneamente. El método me pareció común; pero me llamó la atención este incidente. El maestro preguntó a un discípulo así: siendo estas bolitas del ábaco naranjas, ¿cuántas prefería usted recibir, el número de la primera línea, 2; el de la segunda, 3; o 5 que es el de la tercera? La respuesta se deja entender; fué 5 el número electo. Nueva pregunta: ¿y si las bolitas no representaran naranjas sino horas de clase en el día, cuántas preferiría usted tener, 2, 3 o 5? Cinco, contestó el alumno, y preferiría cinco, porque aquí paso el tiempo contento, satisfecho, divertido y aprendiendo cosas que me sirven de mucho, y a más, aquí se cuentan unas fabulitas e historietas que me placen grandemente, y en mi casa no las oigo.

Pocos son los pueblos que, como, Ginebra e Inglaterra, ofrecen al extranjero un código completo y metódico de las disposiciones legales referentes a la materia. Y viene esto de que el progreso de las escuelas es debido más comunmente al esfuerzo de asociaciones privadas.

En este sentido, nuestra Ley General de Educación Común, puede presentarse como un código-modelo. No es superior a ella ninguno de los europeos que tuve ocasión de consultar. Conocido que fuera en Europa, él por sí solo colocaría a Costa Rica en un lugar muy alto, mucho más, si se atiende a la pequeñez de nuestra nacionalidad.

Me hallaba yo en Ginebra cuando se verificaron los últimos debates de la reciente ley general de enseñanza de aquel cantón; y debo decirlo, a pesar de la excelencia de esa ley, última palabra de la ciencia pedagógica y del arte de administración de las escuelas: escasas novedades encontré en ella. Así tuve el honor de manifestarlo al Secretario del Consejo de Instrucción Pública, quien pudo atribuir a jactancia, lo que era simplemente la expresión de la verdad.

Quiero repetirlo: nuestra ley de Educación Común, con su Reglamento, se halla a nivel de lo más acabado que hay en el mundo hoy día, y de ello debemos estar orgullosos. Falta, sí, que la ley tenga completa aplicación, que se incorpore en las costumbres y que, por esta o la otra dificultad que su práctica presente, no se mutile o relaje en ningún punto, sino se orille el obstáculo por los medios que aconseja una sana política.

Estando yo en Ginebra, ví mencionado en un periódico con grande encomio, el informe presentado en aquellos días al Parlamento Inglés, por el conocido educador Matthew Arnold, Comisionado de S. M. B. para el estudio de varios puntos concernientes a la educación elemental en Alemania, Suiza y Francia.

Inmediatamente escribí al señor Le Lacheur, Cónsul de Costa Rica en Londres, rogándole se sirviera enviarme un ejemplar del informe del señor Arnold.

Los puntos sometidos al estudio de este sabio, eran:

a). Educación gratuita.
b). Calidad de la educación.
c). Estatutos, aprendizaje y remuneración de maestros.
d). Asistencia obligatoria y salida de la escuela.

El informe de Mr. Arnold suministra noticias preciosas y detalladas sobre los puntos insinuados, que no extracto, porque pienso que vale más reproducir el texto completo en el apéndice. Las observaciones del Comisionado inglés tienen la ventaja de nacer de persona versadísima en todo lo referente a la educación; autor de un tratado especial sobre ésta, y que lleva tres viajes al continente para el estudio de la materia, efectuados en 1859, 1865 y 1886.

El 16 de julio de 1865 se inauguró en la ciudad de San Juan de la República Argentina, la soberbia escuela **Sarmiento,** para 400 niños, construída con arreglo a los últimos adelantos de la ciencia, y dedicada al señor don Domingo F. Sarmiento, Ministro Plenipotenciario y Enviado extraordinario de aquella República en la de Estados Unidos, y el Horacio Mann de la Plata y Chile, por sus trabajos en favor de la difusión de las luces. Pues bien, este distinguido propagandista de la novísima buena nueva, es autor de una obra intitulada *Las Escuelas: base de la prosperidad y de la República de los Estados Unidos.*

No puedo dejar de trascribir algunos párrafos de la vehemente pluma del señor Sarmiento.

«He llegado a los Estados Unidos, dice, en un momento solemne. Abolida la esclavitud, trátase de admitir en la asociación política a una raza tenida en la ignorancia e inferioridad, durante siglos. Perplejos se hallan todos sobre si han de tener el derecho de sufragio, es decir, de gobernar, los que tan mal preparados están para función tan alta, y sin embargo los hombres de color de los Estados Unidos *no se encuentran más faltos de educación que los habitantes blancos de nuestras campañas.* Pero mientras esta cuestión se agita en el terreno de la política, los ciudadanos de todos los Estados Unidos han puesto manos a la obra de remediar el vacío, y en seis meses han hecho más por la difusión de la educación entre los negros del Sur, que nos-

---

Fin de verano

(Envío del autor)

Fin de verano: atardecer tranquilo:
la locura del tiempo se reposa,
y a la vez que la hoz asume filo
la hierba que se vuelve más preciosa!

No madura la fruta todavía,
pero madurará. Más regocijo
hay en la rama ahora que aquel día
de retoñar y florecer prolijo,

y más contento en toda la espesura
que cuando la primera golondrina
llenó de asombro la inocencia pura
del bosque siempre niño. Se adivina

que hay un mes en el año más querido
que abril o mayo o junio, y en la vida
algo que viene más que cuanto es ido
merecedor de alegre bienvenida.

Todavía no triunfo; pero, claro,
preciso, valeroso, el triunfo llega
como este otoño fresco y áureo y caro
que el año a manos llenas nos entrega.

Salomón de la Selva

Washington, D. C.
17 de agosto de 1924.

otros en tres siglos por la de nuestros compatriotas y deudos.»

Bajo la impresión de la lectura de la excelente obra del señor Sarmiento, se verificó mi arribo a la gran metrópoli Norte Americana, y mis esperanzas se vieron ampliamente colmadas, cuando estudié la organización de las escuelas neoyorquinas y la de las bostonianas; y en el gran centro de Washington adquirí todas las noticias que apetecía.

No puede pensarse en establecer en Costa Rica, país pequeño si los hay, un **Bureau of Education** semejante al de Washington, lo comprendo perfectamente: ni podríamos alcanzar como la gran Nación Americana el reunir el inmenso acopio de materiales que allí se reune año por año, ni tenemos el hombre que hubiera de estudiar y sintetizar todos esos trabajos, ni siquiera los medios de imprimir los numerosos volúmenes que allí se imprimen; pero fácilmente, sin grandes gastos y con sólo un poco de perseverancia y confianza en nuestras fuerzas, podríamos tener algo semejante en relación con nuestras necesidades. Cómo? —Muy sencillamente. La Inspección General de Enseñanza está creada, y al frente de ella se haya un hombre grandemente versado en en el ramo de Educación. Pues bien, a él podría recargarse el ordenamiento y cuidado del Museo Pedagógico Nacional, cuya base existe. La inspección es de otro lado, según la Ley de Educación Común, el centro estadístico de enseñanza. Para completar la idea sólo falta que el Inspector siga de cerca el movimiento del ***Bureau de Washington***, poniéndose en constante relación con él, y que de tiempo en tiempo se publiquen en castellano, ya textualmente o ya en extracto, aquellos datos e informes que sean de utilidad inmediata en nuestro país. Si el periódico *El Maestro* se sostiene, como ha de sostenerse, tanto más fácil es lo que dejo apuntado.

De este modo tendríamos todo lo que necesitamos en nuestra pequeñez, y el centro de nuestra instrucción se hallaría al nivel de los países más cultos.

Para estrechar las Relaciones del Ministerio de Instrucción con el ***Bureau de Washington***, nada más fácil que ordenar a cualquiera de los miembros de nuestra legación en la capital de la gran República, visite con frecuencia aquel centro para enterarse de las novedades últimas. Este procedimiento no es nuevo; los primeros países incluyen en las funciones del diplomático, estudios sobre la instrucción pública, como lo demuestra el ejemplo del Imperio del Brasil, que encargó a su Embajador en varias cortes de Europa, don José Rivera da Silva, hacer estudios de esta clase, y la República Argentina, que utilizó en este ramo los servicios de sus Ministros Diplomáticos en Wáshington, don F. Sarmiento y don Manuel R. García.

Lo propio hace hoy día el Imperio del Japón por medio de su embajador en Francia y Bélgica.

Si en el Museo de Bruselas, Japón tiene el primer lugar, no aparece menos bien parado el Imperio en el ***Bureau de Washington*** como lo demuestra el aprecio que se hace de las publicaciones japonesas sobre instrucción, que se traducen inmediatamente al inglés, o cuando menos se extractan.

De un folleto publicado por el **Bureau** intitulado *La Educación en Japón*, quiero tomar algunas noticias como tributo de admiración a los hombres públicos de aquel imperio, nacido ayer a la vida de la civilización europea; y porque, de otra lado, es el Japón, a no dudarlo, un modelo digno de estudio.

De lo más notable que hay en la historia contemporánea de la Educación, es el pasmoso progreso que ha alcanzado ésta en el pueblo del Japón.

Los informes anuales del ***Bureau of Education*** de Wáshington y otros documentos que en él consulté, me suministraron los datos necesarios para enterarme del costo de la Instrución Pública en gran número de países. En vista de esos datos, me convencí de que no es posible levantar la Instrucción pública allí donde el presupuesto del ramo es bajo. Camden, N. J., con una población de 41,659 almas, gasta en instrucción popular $ 255,992; lo que da $ 6.14,49 por habitante.

Entre tanto, Costa Rica, cuando comenzó la progresista Administración del señor General don Bernardo Soto, invirtió en la enseñanza popular $ 85.000, con una población cerca de seis veces mayor que la de Camden.

Todo esto demuestra que el desenvolvimiento de la educación popular, es una de las grandes preocupaciones del mundo moderno, y que el pueblo que se sustraiga a este impulso y movimiento general, tiene que quedar rezagado, aun más atrás que los del Africa Central, cuyas casas de escuela, modeladas en madera, tuve ocasión de admirar en el ***South Kensington,*** Museo de Londres.

Costa Rica entró en el movimiento general en el año de 1869 y duró algún tiempo el impulso dado por Jimenez a la educación; pero pronto se enervó la acción administrativa y se perdió más de una década. Vino la Administración Soto, cuyo lema es: ***Instrucción, Caminos,*** y con ánimo resuelto, como quien sabe de dónde parte y a dónde ha de llegar, emprendió la reforma.

No puede exigirse que Costa Rica se coloque de un solo salto a la altura de Wáshington, New Haven, ni Camden; pero hay derecho a esperar que, pasados sólo tres años, esté, cuando menos, a la altura de Chile y de la República Argentina. Allá se dirigen los esfuerzos del General Soto y de su esforzado Ministro de Instrucción, y no hay que desconfiar del resultado, puesto que se tiene conciencia clara de la necesidad, y voluntad, resolución y medios de satisfacerla.

La conclusión de mis conferencias con Mr. Tricoche y compañeros, fué que se tratara de impulsar en Costa Rica la formación de sindicados de artesanos, uno para cada ramo; que se abrieran escuelas de aprendizaje para los oficios más difíciles y que requirieran mayor suma de estudios lectivos, sobre la base de la Escuela Diderot; y que para lo tocante al desenvolvimiento de la industria, o se envíeu jóvenes debidamente preparados a un instituto técnico bien escogido, o de preferencia se contrate un ingeniero industrial, conocedor de los ramos de nuestra riqueza natural, o de los similares, para que haga aquí en el terreno los estudios del caso, y escriba un tratado completo de la industria criolla, que dé a conocer en el mundo los inexhaustos tesoros de nuestro suelo privilegiado. Esta es la manera de proceder que han adoptado con buen suceso, algunos pueblos hispanoamericanos.

En cuanto a sindicados de obreros, es indudablemente de gran conveniencia su establecimiento; no hay en Europa país alguno donde no se hallen organizados, y los hay hasta de *carniceros, salchicheros* y *mondongueros*, (en mi mesa tengo sus estatutos).

El objeto de la asociación sindical es el estudio y defensa de los intereses de la industria especial que representan los asociados; velar por la prosperidad y desenvolvimiento de la misma; regularizar las relaciones de los miembros del cuerpo sindical; y estrechar los lazos de fraternidad entre ellos:

En 1874 se abrió en Urbana, Ill., el primer colegio de Estados Unidos, y acaso del mundo entero, para la alta educación doméstica de la mujer.

El pensamiento era del todo nuevo, no había modelo que imitar, y las preocupaciones comunes eran hostiles a aquél. Pero los fundadores partían de una idea exactísima, la de que, de la misma manera que la ciencia tiene aplicación inmediata y alienta el progreso en el dominio de la industria en general, con mayor razón debe producir infinitos bienes llevada al dominio casero: dado el progreso que ha alcanzado la humanidad en los últimos años, no es ya la rutina la que debe presidir en el hogar, sino los principios de la ciencia, sabiamente especializados.

Ha de advertirse que la Universidad de Illinois no introdujo una novedad admitiendo a personas del sexo femenino a los altos estudios: más de la mitad de las Universidades y colegios de los Estados Unidos tienen abiertas sus puertas para ambos sexos, y principalmente las de Boston, Michigan, Harvard, Cornell y Colombia. Esto fuera de las 236 ***escuelas superiores*** para el bello sexo, con 2,989 maestros, 30,587 alumnas y propiedad escolar por valor de:

$ 9,938,591.

Así se comprende cómo los empleados del ***Bureau of Education,*** cuya ocupación principal es traducir de todas las lenguas, incluso el japonés, extractar datos para las Estadísticas y *Circulars of information*, son ciudadanas americanas y lo son también muchos de los Cajeros, Tenedores de Libros y demás empleados del Tesoro y otras administraciones. La Unión Norteamericana es la tierra clásica de la mujer.

Escuelas.—No hay que empeñarse demasiado por dotar las escuelas de costosos aparatos para la enseñanza: *maestro debidamente formado, y local amueblado propio para su objeto*, son los factores principales de aquélla.

Ni en las escuelas de París, ni en las de Basilea, ni en las de Nueva York y Boston hallé profusión de instrumentos, aparatos y objetos de material escolar, antes parsimonia de ellas; sí hallé siempre abundancia de aire puro, de luz, de espacio; mucha limpieza y ante todo, un *verdadero maestro*.

Maestros extranjeros.—Cuando se trate de hacer venir del exterior profesores normales de primera enseñanza, ante todo recomiendo a los Norte-americanos, después a los Suizos, y en último lugar a los Alemanes, Franceses e Ingleses. En este orden me parece que debe graduarse el adelanto de la instrucción popular. Los Norte-americanos y Suizos tienen la ventaja de aportar al país, con sus conocimientos pedagógicos, la semilla de un espíritu verdaderamente republicano.

Escuela normal de mujeres.—La opinión pública de Estados Unidos se pronuncia abiertamente en favor de la enseñanza dada por maestros del sexo femenino. Las dos mejores escuelas normales de la Unión, la de New-York y la de Boston, son exclusivamente para la formación de maestras. Hace, pues, gran falta en Costa Rica la creación de la Escuela Normal de mujeres. Para su organización, recomiendo la obra del señor Núñez, y para la parte material en particular, el Plan Modelo de Mr. Narjoux.

Desarrollo de los programas.—No hay, a juzgar por lo que ví, organización más perfecta de la educación común que la de la ciudad de Nueva York. El Manual de Maestros vale un tesoro como desarrollo y ampliación de los programas. Un libro de esta clase nos hace gran falta, y ya que tenemos tan excelentes programas, como los que últimamente dió el Ministerio de Instrucción Pública, vale la pena de se lleve a cabo el trabajo complementario de los mismos, o sea el Manual de Maestros.

El sistema de contabilidad y modelos en blanco de Nueva York, son dignos de tenerse en cuenta para el perfeccionamiento de este detalle tan importante de la instrucción.

Canto.—La asignatura de canto es de rigor en las escuelas públicas de Estados Unidos, de Francia, de Suiza y de Alemania y realmente, no se puede prescindir de esta enseñanza, la más adecuada para sembrar sentimientos patrióticos en el alma de los niños. Sabida es la influencia que la *Marsellesa* tuvo en la gran Revolución. Antes suprimiría hoy la Alemania en los programas los ejercicios de gimnasia, que los de canto, o mejor dicho, por nada del mundo eliminaría ni éstos ni aquéllos. Estando en Berna, experimenté yo un sentimiento desconocido al ver a toda la juventud ocupar la prima noche en sus conciertos nocturnos de música vocal y en ejercicios de fuerza y destreza, sin pensar en acudir a los centros del vicio y de la disipación.

El cultivo de la gimnástica es de suma importancia, y deben hacerse esfuerzos para que el espíritu de asociación le infunda vida. El Estado pudiera alentar el progreso de ese ramo, dando el local y menaje, a condición de que los aficionados se asocien sobre bases parecidas a las de las corporaciones gimnastas suizas, francesas o alemanas.

Dibujo.—El estudio del dibujo debe ensancharse tanto, que su extensión se acerque a la de la escritura común; cuando menos, ha de establecerse como asignatura obligatoria en las escuelas urbanas; y debe tenerse presente que hoy no se acepta en Europa el *modelo gráfico* sino el *modelo real*, ya sea este de cartón relieve, ya de yeso, o de otra sustancia cualquiera.

Bibliotecas populares.—Cosa triste es que en toda la República no haya una sola biblioteca popular, pero ya en otras partes de este informe he insinuado quo en materia de instrucción pública, a esta administración le ha tocado, no sólo hacer la siembra, sino hasta destrozar el terreno.

Las bibliotecas populares constituyen una necesidad tan apremiante, como la de las escuelas comunes.

La manera de fomentarlas, ya que en este país se desconoce la iniciativa individual, es que el Ministerio forme un catálogo que (en 100 volúmenes p. e.), reuna las nociones más indispensables para la vida común, y publique ese catálogo, ofreciendo hacer venir al país las colecciones que los Municipios ú otras corporaciones pidan, mediante reembolso correspondiente.

Lenguas vivas.—El estudio de las lenguas modernas, dado el cosmopolitismo del día, es una de las necesidades más apremiantes para todo hombre que pretenda ser considerado como culto.

...Yo no pido que se enseñe a los niños de nuestros campos el inglés o el francés, mucho hacen con aprender algo de castellano. Pero conceder título académico a quien sólo conoce la lengua materna es cosa absurda. El Abogado, el Médico, el Ingeniero que sólo lee en su lengua, no pertenece seguramente a la época moderna.

Sindicados profesionales.—Importa hacer propaganda por la prensa en favor de los sindicados de artesanos, obreros e industriales, como base para el aprendizaje de los diferentes oficios y carreras comunes y para el perfeccionamiento de éstas.

Alta educación femenil.—Si a la Escuela Normal de mujeres que debe abrirse sin pérdida de tiempo, se dá, como es natural, organización análoga a la que se dió a la Normal de varones, y si dicho establecimiento se incorpora en un organismo más vasto como se hizo con esa escuela, en el futuro Liceo femenil de Costa Rica puede darse a nuestro bello sexo la alta educación doméstica y la instrucción profesional a que tantos títulos lo llaman, refundiéndose en uno de los modelos de la Universidad de Illinois y de las escuelas Elisa Lemonier.

Dar alta educación al sexo masculino y dejar en nivel muy inferior al bello sexo, es convertir el hogar en circo donde, esclavo de sus ideas, cada uno de los miembros de la unidad-matrimonio, va a luchar por ellas. La paz de las familias y el porvenir de la enseñanza, exigen imperiosamente que se nivele la segunda de ambos sexos.

Y por lo que toca a escuelas profesionales femeniles, menester es que el matrimonio deje algún día de ser para la mujer el recurso ordinario aceptado y reconocido de hacer frente a las necesidades de la vida. ¿Cuántas ocupaciones decorosas y propias del bello sexo no son desempeñadas por él entre nosotros, pudiendo serlo, tan sólo por la escasa preparación que se les da en escritura, contabilidad e idiomas? Apenas hay en Suiza oficina de correos, telégrafos o teléfonos, ni caja de almacén, banco, ferrocarril o administración pública, que no estén servidos por dignas y educadas señoritas. Lo propio sucede en Francia, en Alemania, en Inglaterra y en toda Europa. Mil y tantas dependientas trabajan en el ***Bon Marché*** de París, y poco menos en ***Printemps*** y otros grandes establecimientos mercantiles.

En Wáshington la oficina de administración de rentas está servida casi sólo por mujeres.

Ya he dicho, como en el ***Bureau of Education*** ganan su vida dignísimamente varias señoras y señoritas, haciendo traducciones, extractos, folletos y otros trabajos de esta índole. Qué orden, qué limpieza los que reinan en estas oficinas servidas por señoras!

¿Por qué no ha de hacerse lo mismo en Costa Rica?

Para concluir, y como resumen final de mis observaciones, estoy en el caso de declarar con ingenuidad, que si con frecuencia he hecho comparaciones que nos son desfavorables, especialmente en lo tocante a fondos escolares, ello ha sido para despertar la noble emulación: pero también de propósito he omitido comparaciones con aquellos países que en el desarrollo de la enseñanza general van a nuestra zaga, como son la mayor parte de los hispanos-americanos, así por no herir susceptibilidades, como porque mi programa era mirar hacia adelante.

Pedro Pérez Zeledón

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Loable esfuerzo el de *La Revista Blanca* de Barcelona, que entre sus publicaciones ha logrado sacar el tomo primero de esta obra famosa de George Brandés: *Las grandes corrientes de la Literatura en el siglo* XIX.

De Pedro Henríquez Ureña hemos recibido el Catálogos de las obras que constituyeron la tercera exposición del Nuevo Salón, inaugurada en La Plata el 21 de diciembre de 1929 bajo los auspicios de la Asociación de las Artes.

Dos nuevos títulos de las preciosas Ediciones ***La Nave***, serie sexta de las Publicaciones ***Atenea***, Madrid:

Robert Louis Stevenson: *La casa solitaria.* Novela. Traducción de José Torroba, y del mismo autor:

Aventuras de un mayorazgo escocés. Novela. Madrid. 1929.

Con motivo del II Congreso Sud-americano de Turismo. 1929, el Touring Club Peruano, Lima, ha publicado este folleto: *Desde el mar hasta la selva*, por José G. Otero. Con ilustraciones numerosas.

Un libro inquietante, muy recomendable: Arturo Capdevila: *El Apocalipsis*, según San Lenin. Cabaut & Cía. Buenos Aires.

Corina Rodríguez de Cornick nos remite su traducción española de una Conferencia del Coronel Jonyor C. Liao, Encargado de negocios de China en Panamá. Título de la interesante conferencia: *La cultura china y su revolución nacionalista.*

El último libro que ha publicado don Francisco García Calderón:

La herencia de Lenin y otros artículos. Garnier Hnos. París. 1929.

¡Cuánto que aprender en este libro medular, sobrio, y tan bien escrito!

Un libro de poemas:

Voluntad. por German Pardo García, colaborador y amigo. Editorial ***El Gráfico.*** Bogotá. 1929. Con un exergo de German Arciniegas.

Volveremos con este libro, del que sacaremos una página lírica.

Del autor (c/o Weiss et Meyer 82, rue d'Auteville, París, Xe.):

El mundo hundido, (Recuerdos de la Rusia zarista) por Paul Schostakowsky, ***Mundo Latino.*** Madrid.

De la benemerita ***Central de Ediciones y Publicaciones*** de Madrid, Apartado 149:

José Plejanov: *Las cuestiones fundamentales del marxismo.* Prefacio de D. Riazanov., Director del Instituto Karl Marx de Moscú. ***Ediciones de ciencias económicas y políticas.*** Madrid.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas.)

Estampas

En los EE. UU. no quieren tampoco a los agentes del capital que moldea leyes, o las pudre para evitar su regencia

(Envío del autor).

Del término *lobby*, antecamara, ha hecho el inglés—el de los norteamericanos al menos—*lobbyist* y *lobbying*, sustantivo y verbo de traducción difícil en nuestra lengua. Sin embargo, el uso que hacen de esas dicciones las gentes que en el Norte sienten la necesidad de condenar la penetración de las conciencias torvas, explica cuál es el sentido condenatorio encerrados en ellas.

De uno de los varios proyectos de ley, el del senador Caraway, persiguiendo las actividades de esa subraza, traducimos lo que dice: «Un *lobboyist*, según lo define y entiende esta ley, es aquel que se compromete, ya sea por paga o por cualquier otro estímulo, a poner empeño en influir en la legislación, o en impedir una legislación, en el Congreso Nacional». «*Lobbying*, según lo define y entiende esta ley, consiste en cualquier intento por ejercer influencia en la acción del Congreso sobre cualquier asunto en que éste tenga que conocer, ya sea distribuyendo literatura, compareciendo ante las comisiones, o haciéndoles entrevistas o tratando de entrevistar individualmente a los miembros del Congreso o del Senado, o usando cualesquiera otros medios».

Sin detenerse a encontrarle equivalente a esas dos palabras, queda muy claro en sus definiciones el sentido de sanción que las anima. En los Estados Unidos, como aquí, los intereses nacionales sufren el asedio de las fuerzas que quieren reducirlos a su dominio. Sólo que allá existe mayor comprensión de lo que significan esos intereses libres de la explotación particular sin control. La civilización es superior y hace más sensible la capacidad de vigilancia de la Nación. El suceso está enseñándonos a aplicar a nuestro medio procedimientos de defensa de suma importancia. Necesitamos la legislación fuerte contra los que «por paga o por cualquier otro estímulo» usan sus facultades en daño de los intereses nacionales. Son unidades bajo el mando y la inspiración de los grandes intereses económicos emigrados de allá en donde se les está aplicando sanción escarnecedora. No quieren en los Estados Unidos a los agentes del capital que moldea leyes o las pudre para evitar su regencia. Saben que esos agentes acatan al amo y una vez puestos en el camino de dominar una legislación, no hay recurso que no revivan para triunfar. Primitivamente se estacionaban en los pasillos y en las antecámaras de los Congresos y solapadamente conducían su recado provisto de todos los halagos y amenazas de la hora.

Con el tiempo aquellos sitios no tuvieron todo el panorama que el volumen creciente de los negocios exigía para una persuasión que no fallara. Entonces la nación entera es el escenario del agente de antecámara y se le ve recorrer innumeros lugares.

Observemos los que están bajo nuestras miradas, los que día a día tienen que lanzar el quiquiriquí que convenza al amo que desde la aurora están acuciosos. Ofrecen sus posturas un contraste tan recio en el medio indiferente en que se mueven, que el designio de influenciadores de leyes que recibieron en la iniciación áurea, les ciñe la frente como un halo. Quieren hacer sentir un gran desinterés, un ánimo atormentado por la suerte de la patria, un don profético que marca los rumbos de la prosperidad nacional. Y si hay principios avanzados fortaleciendo el espíritu de la gente nueva, ponen contra ellos su capacidad máxima de desprestigio. No dicen las prédicas al oído de lo que atisban en la antecámara, sino desde las columnas de los periódicos, con acápites en inglés o en latín, con títulos que evoquen la vida nuestra. Y servilmente halagan la estupidez de aquel cuya decisión precisa comprometer, pintándolo poseído de virtudes imaginarias.

Ese tipo de agente de antecámara es funesto, pero casi siempre inofensivo, porque no tiene prestigios que impongan sus tendencias de encargo. El capital de afuera, el capital que emigra para librarse de las sanciones, recluta de entre una serie de náufragos los sostenes de su afianzamiento. Náufragos de la banca, náufragos del periodismo, gente sin el menor prestigio en la conciencia pública. Se les ha visto llevar a la bancarrota la institución que anunciaban floreciente por el ahorro mínimo depositado cuando la publicidad despertó confianza. Se les ha visto ahuyentados por la sanción popular de las redacciones periodísticas que apestaban. No han hecho con posterioridad a su naufragio el intento de rehacer la vela sobre la cual caiga lluvia y sol que lave las culpas ennegrecedoras. El capital avasallador sabe su historia y aprovecha la experiencia en bien de sus designios. Por eso no tienen las campañas de estos náufragos contra la majestad de las leyes una trascendencia decisiva. La legislación del senador Caraway no dejaría pasar estos peces, pero no sería por ellos por quienes tendría que dictarse.

Son otros los agentes de peligro. Han hecho un recorrido diferente al hacer naufragar instituciones, pero consumieron do en la catástrofe toda señal que pudiera responzabilizarlos. Sus prestigios han crecido y se han impuesto sin vacilar. El servilismo o la falta de discernimiento ha resumido en ellos la capacidad de pensar de la nación. Y ellos han aprovechado la elevación para señorear, para imponerse sobre las cabezas. La falta de cultura del país la han considerado propicia para contrastar sus vidas.

Los aparatos de conquista de nuestros recursos económicos saben que la empresa es más fácil con estos personajes a su servicio. De ahí que no desdeñen la ayuda del náufrago, pero no cifran en ella el advenimiento del dominio que su expansión necesita. Y es que los personajes trabajarán sobre la ley, bordando interpretaciones, sutilizando, negándole alcances cuando esos alcances hieren los intereses a que el personaje sirve, dándole arpones cuando esos mismos intereses necesitan clavar una estrella. Son por ello de mayor virtud conquistadora. Naturalmente que el náufrago también obedece y arma gritería contra las leyes, pero no pasará de allí el histrionismo. El personaje que ha hecho su prestigio teorizando acerca de los valores nacionales, cuando es el poder económico de afuera el que lo contrata para que vaya contra esos valores, sí asume proporciones de histrión funesto. Véamos lo que ocurre hoy para

---

De las empresas y consorcios creados por favor del Estado

En 1920, el 10 de febrero, la más alta personalidad política con que cuenta España fuera de la monarquía, el entendimiento más claro e intuitivo, Fernando de los Ríos, *pronunciaba en la Cámara popular un gran discurso. En esa bella oración, decía* Fernando de los Ríos, *hablando de empresas y consorcios creados por favor del Estado: «Ahora bien, ¿cómo se ha venido a la actual situación de abandono de los servicios públicos en manos de empresas particulares? El Estado de tipo capitalista no se ha desenvuelto sino porque aquel Estado de tipo anterior al capitalista abandonó a las empresas privadas lo que jamás debió abandonar, y se formaron desde el siglo* XVI *una serie de empresas que después se multiplican cuando viene la política del régimen de las concesiones; y estas empresas concesionarias y esas empresas a las que se da un monopolio sitian ese Estado, y al sitiarlo le quitan la soberanía efectiva en el orden económico. Esta es la actitud en que hoy se encuentra el Estado: capiti-diminuido, en orden a la soberanía efectiva de la economía. Y no es lo más lamentable el que esto acontezca. Lo más triste es, que esas empresas de carácter privado, a las que se les ha encomendado la gestión de un servicio público, tienen una política antinacional, política contra la nación, y así resulta que el servicio público no tiene congruencia con el interés público, sino que se trata de un servicio público y de un interés privado». Qué inmensa, palpitante y dolorosa actualidad tienen estas palabras! Si eran verdad en 1920, cuando se pronunciaron, calcule el lector lo que serán ahora, después de seis años de creación de consorcios y monopolios; después de seis años de abandono de la soberanía del Estado; después de seis años en que, al mismo tiempo que se predicaba un exaltado patriotismo, se hacía con tales consorcios y monopolios una política antinacional.*—Cita de **Azorín**.

(La Prensa. *Buenos Aires. Mayo 1.º de 1930.*)

desengañarnos, para saldar definitivamente nuestras cuentas con aquellos que la superstición nos hizo apreciar como creadores de la patria.

¿Qué actitud muestran cuando el país está acosado por fuerzas que apuntan al descoyuntamiento general? Le niegan la palabra que aseguran haber alzado siempre que hubo necesidad de que se oyera la voz de los mejores. Su palabra es de los aparatos de esclavitud que codician tierras, y fuerzas hidráulicas, y comunicaciones radiográficas, y rutas aéreas. Está interpretándoles la ley, sutilizando sobre ella, no en la antecámara donde hace charla el que legisla, sino desde el escenario diseminador de la prensa. Los aparatos de conquista tienen que imponerse y como ciertas ideas nuevas parecen haber venido a inquietar, a hacer pensar con un criterio moderno, para que sofoque el medio, no hay agente mejor que el personaje.

Pero no nos dejemos sofocar. La legislación avanzada tiene que seguir su curso civilizador. Defendámosla. Inspirémonos para la defensa en lo que los espíritus del Norte hacen con sentido previsor por su legislación. El antecamarismo acecha allí como aquí y tenemos que librar la misma lucha. Descubrámoslo en dondequiera que esté. Ya asalte la legislación educacional, o la económica, o la social, el deber nuestro es combatirlo con la cabeza bien firme sobre los hombros.

Juan del Camino

Cartago y junio de 1930.

Poemas de Jorge Carrera Andrade

=De *Cuaderno de Poemas Indios*, inédito=

Domingo

Iglesia frutera
sentada en una esquina de la vida:
naranjas de cristal de las ventanas,
órgano de cañas de azúcar.

Angeles: polluelos
de la Madre María.

La campanilla de ojos azules
sale con los pies descalzos
a corretear por el campo.

Reloj de Sol.
Burro angelical con su sexo inocente.
Viento buenmozo del domingo
que trae noticias del cerro.
Indias con su carga de legumbres
abrazada a la frente.

El cielo pone los ojos en blanco
cuando sale corriendo de la iglesia
la campanilla de los pies descalzos.

Sierra

Ahorcadas en la viga del techo
con sus alas de canario las mazorcas.

Conejillos de Indias
engañan al Silencio analfabeto
con chillidos de pájaro y arrullos de paloma.

Hay en la choza una muda carrera
cuando el viento empuja la puerta.

La montaña brava
ha abierto su oscuro paraguas de nubes
con varillas de rayos.

El Francisco, el Martín, el Juan:
Trabajando en la hacienda del cerro
les habrá cogido el temporal.

Un aguacero de pájaros
cae chillando en los sembrados.

Fiesta de San Pedro

Alazán Alazán.
Después de la cena ciruela,
a carrera tendida hacia el pueblo
de sombreros de paja hacia del páramo.

El montado lleva en el ala del poncho
un rollo de viento.

Carteles estremecidos de gritos
en los estancos del camino.

Redobla en las orejas el viento tambor.
Corren en fila india los árboles del cerro.
Echa su lazo de hielo un aullido
a la garganta del silencio.

Con su peineta de luminarias
la primera casa del pueblo.

Han venido los peones de Santa Prisca
con sus ponchos de color de ciruela:
borrachos de fuegos artificiales
se arriman al hombro de las puertas.

La Rueda chillona! la Rueda de luces! La Rueda!

Muere acribillada de cohetes
la noche de ojos de aguardiente.

Corte de cebada

En un cuerno vacío de toro
sopló el Juan el mensaje de la cebada lista.

En sus casas de barro
las siete familias
echaron un zumo de sol
en las morenas vasijas.

La loma estaba sentada en el campo
con su poncho a cuadros.

El colorado, el verde, el amarillo,
empezaron a subir por el camino.

Entre un motín de colores
se abatían sonando las cebadas de luz
diezmadas por las hoces.

La Tomasa pesaba la madurez del cielo
en la balanza de sus brazos tornasoles.

Le moldeaba sin prisa la cintura
el giro lento del campo.

Hombres y mujeres de las siete familias,
sentados en lo tierno del oro meridiano,
bebieron un zumo de sol
en las vasijas de barro.

Levantamiento

1

Iban adelante nuestros padres
buscando el vado de la tarde crecida
con sus pies cargados de memoria.

Ochocientas voluntades. Ochocientas.
Para el ancho redoble de nuestras sandalias
era un tambor la tierra.

Tierra vestida a cuadros,
mordida por los cercos guardianes:
Estás prisionera de cuatro hombres
hasta el último azul del horizonte.

Traíamos el pulso de la semilla libre,
tierra de pechos vegetales.
Flameaba el harapo de nuestro grito
en el palo más alto del aire.

Con su carrera de sangre los soldados
despertaron los verdes quietos del campo.

Avanzaban comidos de sombra,
y un estribillo de dientes afilados
mordía sus hebillas luminosas.

Con los tallos negros de sus fusiles
les vieron pasar
los ojos franciscanos de las sementeras.

Nosotros caminábamos escoltados de espigas,
con un poncho de luz sobre los hombros
y en la frente el mandato de la tierra.

2

Soldados Soldados.
Ejercicios de puntería
sobre los colores humildes del campo.

Vagabunda muralla de humo:
trampa abierta en el día.
Nos matan desde el horizonte
dando a luz estrellas lívidas.

Compañeros:
los fusiles nos miran con sus ojos de muerto.
Golpea el mundo en nuestras sienes.
El miedo de morir grita en nuestra garganta:
Hay que salvar a la carrera
el silencio listado de mortales bengalas
Ochocientos bajamos de los cerros
contando nuestros padres, nuestras madres
y nuestros tiernos hijos.
A esta hora
casi todos descansan sobre la tierra grande.

Traíamos el pulso de la semilla libre
tierra acorralada por los cercos guardianes.
A la orilla del viento acampó la canción.
El fusil desplumó nuestro mensaje.

Tumbados en la vecindad del cielo
nuestros muertos duermen
manando un cosmos dulce del costado
y con una corona de sudor en la frente.

(Envío del autor, que es uno de los mejores poetas nuevos del Ecuador.)

Recordando a don Mauro...

(Viene de la pág. 360)

ducirla a feliz término, sin lágrimas ni recriminaciones, con el ánimo tranquilo y el corazón henchido de esperanzas.» «El que se sienta, sentado se queda.» «Del holgado tiempo dispondremos en la tumba para el descanso.»

Bien sabido es que el lema de don Mauro reza así: *Nihil desperandum.*

Piedra no rodada y mucho, por las corrientes a causa de su aspereza, de nada sirve. El hombre que no ha almacenado, en grande escala, pesares, amarguras, descalabros, etcétera, en la vida, es piedra de filos agudos y cortantes, ser egoísta incapaz de conmiseración: esclavo de su orgullo, jamás limado y siempre dispuesto a la malevolencia.

Importa cuidar la bestia. El señor Fernández distinguía constantemente en la vida corriente, el ser inteligente, racional, que en nosotros hay; y el ser corpóreo, material, que sirve al primero de morada, de instrumento; a veces esclavo rebelde, malévolo, torpe, enfermizo; o bien servidor obediente y cumplido. Para que llene bien sus fines este subordinado, segundo-yo, ha de ser objeto de cuidados especiales; han de concedérsele sus legítimos derechos; fraternizar con él en lo justo y razonable; refrenar sus malos instintos; celar sus hábitos; educarlo; corregirlo con sanciones adecuadas, y jamás permitir que haga dejación de sus perentorias obligaciones. Esta bestia que nos acompaña siempre, y sumisa nos lleva y trae, de donde y a donde nos place, agradece intensamente y paga muy bien ciertos regalos, que estamos en el deber de procurarle, como son: alimento sencillo, sano y nutritivo; siete horas de descanso nocturno; baño diario al despertar; baño de sol en seguida, con ejercicio moderado al aire libre, y algunos otros higiénicos ciudados que nuestra inconsecuencia niega, por ignorancia o por desidia, a tan generoso aliado.

Si no quieres que la cosa se sepa no la hagas. Nada bajo el sol alcanza el privilegio de quedar ignorado siempre. Tarde o temprano, todo se descubre. Es menester que tome arraigo en nuestras conciencias esta indisputable verdad. ¡Cuántos crímenes, cuántas faltas, flaquezas y errores se evitarían, si cada cual llegara a convencerse de que la *cosa* indefectiblemente tiene que salir a plaza, avergonzándonos como agentes responsables de ella!

Fernández, en consecuencia, jamás pensó, creyó, dijo, mantuvo, ni siquiera dejó entender cosa alguna, que no pudiera en cualquier instante ser lanzada a todos los vientos de la rosa náutica, como acto limpio, justo, correcto, laudable y honroso.

¡Manjar indigesto! Esta era la expresión de don Mauro para refrenar instantáneamente a quienquiera, deudo, amigo o indiferente, que ante él incurriese en el feo vicio de la maledicencia. Por su parte ejercía al respecto un control perfecto. Era aquella boca manantial perenne e inagotable de consejos sabios, de generosos estímulos, de oportunos consuelos, que valían al agraciado tanto o más que perlas, esmeraldas y rubíes; pero de ella jamás logró escapar un solo monosílabo lesivo, no ya de la honra, pero ni aún de la susceptibilidad de la persona más humilde.

A los amigos hay que conocerlos, pero no perderlos. Podía el señor Fernández resignarse a perder cuanto susceptible de perderse hay en el mundo, inclusive su fortuna cabal, con el fruto del trabajo futuro de largos años por añadidura, como le aconteció; pero le faltaban fuerzas para perder una riqueza que estimaba en mucho más que el oro, el poder y los honores; a saber, *un amigo.* Descubierto el error, flaqueza, inconsecuencia, y aún deslealtad del culpado, surgía ante los ojos de don Mauro un grave problema, para la solución del cual, a fuer de buen matemático y de buen economista, comenzaba por eliminar lo inútil, esto es: la ira, el encono, el reproche, el desprecio, la venganza y todo sentimiento ruín, pasiones que jamás tuvieron hospitalidad en su hidalgo pecho. Dominada la bestia, con su voluntad férrea a veces, con el apaciguador recurso de la música; en otras, su magnanimidad encontraba pronto una solución honrosa y eficaz. Si su fertilidad de recursos no salía triunfante, caso que rara vez se dió, decía: *Nihil desperandum!* Ayudémonos del tiempo, que sabe hacer milagros, y, entre tanto, de mi parte y de parte de los míos, tan buen amigo como antes. Así reconquistó aquel hombre extraordinario amistades que, si definitivamente hubieran quedado trocadas por el senti-

---

Canto a los Padres...

(Viene de la página 361)

Vuelo de Cóndor
el aire estremece
el cielo parece
que va a florecer
cuando pasa el grupo de nobles varones
que, exprimiendo el jugo de sus corazones
regaron la lumbre de las redenciones
en las eras patrias.
Todo puede ser
menos que el olvido hiera la memoria
del prócer que lleva camino a la gloria
su patrio vergel.

¡Libres, libres, libres! Nos sentimos dueños
del cielo y la tierra, del sol y del mar,
nos sentimos dueños
de nuestros ensueños,
dueños de la gloria, dueños de la paz.

Libres trabajamos
y libres amamos,
y libres nos halla la muerte también;
de cuna a sepulcro somos los señores,
que ya la falange de los vencedores
cortó a la codicia su cuello a cercén.

Manos que se dieron, mentes en derroche,
nobles corazones que se prodigaron,
son de la falange de los triunfadores
que nos libertaron,
de los buenos padres que nos arrullaron,
de los vencedores.
Todos los honores, todos los honores
para los titanes que nos levantaron.

Consumatum est. El prócer caído
bajo el aletazo de la muerte ciega
reposa vencido,
reposa en el nido
de su propia tierra.

Al prócer caído,
el dolor del alma vertido en la frase:
¡Requiescat in pace!

Lloramos al prócer, al padre lloramos.
Si por él morimos y por él rezamos,
que por él las almas el dolor abrase;
al prócer caído,
en dolor del alma vertido en la frase:
¡Requiescat in pace!

Redentor humilde, conductor sapiente,
nos abrió el camino llagando su planta.
Su memoria es Santa;
la luz de su frente
denos nuevas cimas, nuevas rutas trace.
Al patriarca humilde que la patria canta,
el dolor del alma vertido en la frase:
—¡Requiescat in pace!

Hernán Zamora Elizondo

San José, C. R. Junio 1960.

miento contrario, le habrían causado amarguras infinitas; porque no hay enemistad tan cruel y despiadada, como la del hermano y del que fué amigo. Vueltas aquellas a su pristino estado, por circunstancias adventicias que nunca faltan, llenaban de alborozo el amante y admirable corazón de nuestro filósofo.

Jamás cultive usted el odio. «No sólo es amarga por excelencia esta planta, decía, sino también mortalmente venenosa, en especial para su cultivador: amemos a todo el mundo, inclusive el bruto que, en verdad, es nuestro hermano, pero ¿aborrecer? a nadie; no, ni aún a quien públicamente se precie de aborrecernos».

Mas la cualidad fundamental y suprema del carácter del señor Fernández, cualidad que encierra en sí todas las demás que lo adornan, ya fuese adquirida, o bien herencia feliz de remotos progenitores, a través de siglos; de continuo abonada y regada con esmero por la mano diestra y amorosa de dos mujeres sublimes, la madre abnegada y la incomparable esposa; cualidad para el culto de la cual tenía el prócer erguido un templo en el que oficiaba como gran pontífice, fué la *benevolencia*; cuyo decálogo hubo de ensanchar y dilatar a límites tan extensos como éstos: querer el bien de todo ser, grande o pequeño, racional o bruto, bello o deforme, virtuoso o protervo, niño, joven o anciano; querer el bien de todo cuanto alienta, ama, aborrece, radica, estacionario o se mueve, nada, salta o vuela.

En síntesis, señores, séame lícito recordar la perfecta descripción del alma del señor Fernández, que debemos al insigne orador señor Astúa: «... en la personalidad del señor Fernández se armonizaban a maravilla, como notas musicales de un acorde perfecto, los más elevados atributos de la humana naturaleza: inteligencia robusta, de amplias perspectivas; corazón generoso; sensibilidad expuisita; voluntad firme; ánimo de valiente; fe de innovador».

Pedro Pérez Zeledón

Tablero
1930

El aprecio y el apoyo del exterior

En días atrás dirijí a Ud. un paquete certificado conteniendo 16 ejemplares de mi libro *Cuentos Frágiles*. Es mi pequeña contribución al *Repertorio Americano*, revista que en mi concepto representa el mas esclarecido exponente de la cultura literaria de nuestra América, y por cuya larga vida debemos todos los escritores de la misma raza, cuidar y ayudar.—**Fabio Fiallo.**

(Fragmento de carta).

Etimologías

Respetable es, como dice la palabra, quien puede hacerse ver, es decir, el que responde a la esperanza pública; mejor dicho, una máscara ideal; brevemente dicho: un engaño.—**C. G. Yung.**

En todo lo cual es de notar la profundidad y exactitud de las voces derecho, libertad, justicia, palabra hermana de *yugo* o nivel, y derivada de la raíz *yu*, que con un símil denota los desarrollos del orden moral en esta materia.—Cita de **Marco Fidel Suárez.**

Conde y no condestable. Porque condestable—*comite stabuli*—era, en un principio, el encargado de las caballerizas reales, de proveer de caballos, aunque no de carrera, al rey.

Conde, *comite*, es, en efecto, compañero de camino, y *stabuli*, del establo, como marqués el que guarda una marca o frontera.—Cita de **Miguel de Unamuno.**

El día del idioma en América

Encontramos en *El Diario de la Marina*, de la Habana, las siguientes noticias y comentarios con relación a la defensa del idioma en América. Compartimos en su totalidad las apreciaciones del prestigioso cotidiano cubano sobre tópico tan interesante.

Nuestra profesión de periodistas nos lleva a hojear todos los días la prensa de los países hispano parlantes, y esa labor nos da oportunidad para apreciar cómo se está perdiendo en América la unidad del lenguaje y cómo merced a esa relajación del castellano se están formando imnumerables y disímiles *argots* que harán imposible en no lejano día la comunicación espiritual de los pueblos nacidos del solar español.

Dice así *El Diario de la Marina:*

«La Academia chilena, correspondiente a la Real Academia española, acordó por unanimidad celebrar el 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes, una solemne sesión pública, en la que al propio tiempo que se glorifique la memoria del inmortal autor de *Don Quijote de la Mancha*, se recuerde a las grandes figuras literarias y científicas de aquel pueblo, y acordó también enviar notas a las demás corporaciones hermanas de hispanoamérica, invitándolas a realizar actos análogos para consagrar esa fecha como el Día del Idioma en América.

»Hermosa idea ésta. Hermosa y trascendental, porque importa mucho a todos, pero especialmente a algunos de nuestras pueblos, no escatimar esfuerzos para la conservación del idioma. Sin avizorar el porvenir, la realidad que palpamos nos dice que más que un día determinado, así sea tan grande para las letras castellanas como el designado, debemos consagrar todos los de nuestra vida a velar por la preponderancia de la lengua en que hablamos e inculcar a nuestros descendientes que hagan lo mismo, llevándoles al convencimiento de que monta tanto defender el idioma como defender la bandera.

»Acaso haya quienes piensen que con tener ya oficialmente instituído el Día de la Raza, basta. No; la iniciativa de la Academia chilena, aunque responde al mismo alto fin, tiene una triple significación más determinada y corresponde secundarla exclusivamente a los hombres de letras. Con el Día de la Raza rendimos culto al Descubridor y a nuestra estirpe; con el Día del Idioma vamos a glorificar a la vez que al Príncipe de los ingenios españoles en la fecha de su muerte, por estar en duda la de su feliz natalicio, a los máximos cultores de la sabiduría entre nosotros, y a fomentar así el amor hacia la lengua que debemos conservar como el mejor legado de la madre patria, para trasmitirla sin impurezas a las generaciones que nos sucedan.

»El Día del Idioma puede servir para que el pueblo adquiera mayor conciencia del orgullo que debe sentir por la lengua en que reclamó su libertad y ofrezca reflexiva resistencia a todo lo que tienda a ir desplazándola insensiblemente sin caer en apasionadas aversiones que pugnen con su cultura y hasta contra sus intereses.»

(*El Tiempo*. Bogotá).

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C°.) San José, Costa Rica